Un crimen misterioso

Lina López de Aramburu "Zulima"

© Lina López de Aramburu "Zulima"
© Fundación Editorial el perro y la rana, *2007*

Av. Panteón. Foro Libertador
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,
Caracas- Venezuela, 1010.
Telf.: (58-0212) 5642469-8084492/4986/4165
Telefax: (58-0212) 5641411
CORREOS ELECTRÓNICOS:
elperroylaranaediciones@gmail.com

EDICIÓN AL CUIDADO DE: Alejandro Silva
TRANSCRIPCIÓN: Loira González
CORRECTORA: Yessica La Cruz Báez
PORTADA: Torvaldo Aagaard, grabador, según
dibujo de Ramón Irazábal
Plaza Bolívar en Caracas, 1845
Litografía sobre papel v/ 14,4 x 17,1 cm.
FOTO : Archivo CINAP
DIAGRAMACIÓN: Carlos Herrera
DISEÑO DE LA COLECCIÓN: Carlos Zerpa

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
N° lf40220078002225
ISBN 978-980-396-554-9

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Venezuela AHORA ES DE TODOS

COLECCIÓN ***Páginas Venezolanas***

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra –a través de sus cuatro series– las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.
La serie **Clásicos** *abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana;* **Contemporáneos** *reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas;* **Antologías** *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie* **Breves** *concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Fundación Editorial
el perro y la rana

En el álbum de Zulima

Prólogo a *Un crimen misterioso* (1889)

Antes de entrar en estas páginas se le recomienda al globalizado lector imaginarse la vida de una breve ciudad iluminada por farolas, donde podrá distinguir una calle marcada por los hierros del tranvía, animada por casas de comercio y discretos hogares que se preparan para el recibo de sus allegados en esa hora en la cual el gas reemplaza al sol y una brisa ligera se desprende de las riberas del Anauco, se arremolina en los zaguanes, se cuela hasta las enredaderas de los patios centrales, juega entre el silencio de los corredores y sigue hasta morir en las alcobas o en el gabinete de una joven señora que suele aprovechar la ausencia del marido para ordenar sus anhelos sobre el papel.

Esta dulce estampa quizá sea lo único que se pueda ofrecer hoy de una mujer sin biografía: nada hay sobre la vida de la primera dama que escribió narrativa en el país. De doña Lina López de Aramburu sólo se sabe que fue una ciudadana del siglo XIX a quien le decían Zulima, un nombre semita que significa "Paz", que quizá adoptó de la tragedia homónima de Voltaire, dada a conocer en 1740 y vertida al español por Andrés Bello hacia 1801. El silencio que signó a las mujeres de entonces terminó por borrar todos sus datos. El resto

es un cúmulo de suposiciones: debió nacer en los inicios sepia de la república cafetalera y debió morir al alba del novecientos entre los colores del bazar modernista.

Zulima, como la nombraron aquellos que tuvieron el raro privilegio de compartir su pasión por las bellas letras, escribió tres novelas, algunas piezas de teatro y varios poemas. *El medallón* (1885), *Un crimen misterioso* (1889) y *Blanca, o consecuencias de la vanidad* (1896), son sus obras narrativas tiradas por las prensas oficiales en tan discretas cantidades que acaso cubrieron algunas cuadras del damero caraqueño. *María o el despotismo* (1885) y *La carta y el remordimiento* (1900) fueron dos de sus piezas dramáticas llevadas a las tablas. Sus composiciones poéticas vieron la luz en hojas periódicas o las fue dejando doña Lina, de su puño y letra y de tarde en tarde, en los álbumes de sus más preciados afectos, como era usual en aquellos tiempos.

Cuando la esposa del señor Aramburu comete la osadía de trocar la cocina por la literatura, ya los lectores habían asistido a dos acontecimientos intelectuales en nuestro reducido patio: el avance de la ciencia positivista y la aparición de la novela nacional. De modo, pues, que por un lado el destino de la novela se aproximaba al cambio radical exigido por una modernización que tuvo al "Orden" como principio y al "Progreso" como fin, con lo cual se aspiraba a eliminar los vicios románticos del discurso literario y adaptar el método experimental, como lo hizo José Gil Fortoul en 1888 siguiendo los pasos de Emile Zolá. Y por otro lado se le pone el punto final a una controversia originada en los años treinta en torno a la llamada "Literatura Patria" —que no fue otra cosa que la búsqueda de la identidad nacional—, con los aportes de Eduardo Blanco, Manuel Vicente Romerogarcía, Rafael Cabrera Malo y Gonzalo Picón Febres, entre otros autores no menos importantes.

La novedad en las ideas, sin embargo, no desplaza a la estructura idílica, esa forma de representar la acción a partir del núcleo conformado por dos protagonistas de sexos opuestos regidos por los caprichos del amor. Con la entrada del Modernismo —esa suerte de fase superior del Romanticismo—, por un lado se esquiva lo social y, por otro, permanece lo sentimental, lo que le permite a la narrativa continuar como vehículo de un melodrama extraído de la vida real,

en un ambiente que redujo la realización personal de la mujer al matrimonio o al convento. Nuestra autora optó por la primera alternativa y mantuvo a duras penas el difícil equilibrio entre la creación y la procreación. De allí que describa con tanta propiedad el escenario básico de la novela que hoy tengo el honor de presentar.

Un crimen misterioso tiene al hogar como ámbito y a Berta Osorio de Santelmo como protagonista. Ella es una ama de casa ilustrada —formada por su propio padre, don Pedro Osorio, personaje residual del dominio español— y es quien devela el enigma dejado tras la consumación de dos asesinatos atribuidos al general Pablo Querales, quien intenta ingresar a su familia en calidad de yerno, al pretender a su primogénita Alicia.

La acción tiene lugar en Caracas cuando, gracias a la firma del Tratado de Coche, en mayo de 1863, se le pone fin a la Guerra Federal. Aquí entra en escena el homicida ejerciendo presión para casarse pronto con el objetivo de escalar posiciones en la alta sociedad caraqueña. Berta intuye que algo anda mal y la providencia la coloca en el camino de la verdad: Rita, una de sus antiguas criadas, rompe un pacto acordado ante Dios con su hijo Pedro y revela los secretos que guarda el pretendiente.

Hasta aquí se puede referir el argumento sin arruinar la expectativa del globalizado lector, quien podrá llegar cómodo al desenlace de esta humilde obra, cuya singularidad reside en haber ofrecido en 1889 la posibilidad de seguir con Berta las pistas dejadas por el asesino, para descubrir las víctimas y el móvil del delito, a la vez de dar a conocer uno de los primeros intentos del relato policial venezolano.

Ángel Gustavo Infante

Dedicatoria:
Como muestra de gratitud, tengo el honor
de dedicar al muy digno presidente de la
República, señor Dr. Juan P. Rojas Paúl y
a su respetada y estimable esposa señora
Josefa B. de Rojas Paúl, mi pobre obrita,
abrigando la esperanza de que será aceptada
por ellos con la benévola condescendencia
que les es característica.
Zulima
(Caracas, 1889)

Prólogo

Una mañana del mes de enero del año 1861, los vecinos de los alrededores de la Matanza Real, fueron sorprendidos por un acontecimiento bastante raro en la ciudad de Caracas.

La Matanza Real como se llamaba entonces, era un edificio derruido donde no se beneficiaba y sólo servía de refugio a familias paupérrimas.

Este antiguo edificio, convertido hoy por nuestro Regenerador en elegante matadero, estaba circuido por incultas vegas que servían de camino a aquellos pobres vecinos para ir a surtirse de agua en el río Guaire.

En esa mañana que era fría y neblinosa y en la vega limítrofe a dicho río, se veían agrupados los vecinos, llenos de sorpresa.

Era la causa, que había amanecido en dicho lugar la ropa blanca y algo del mobiliario de la casa que revelaba ser de una familia acomodada; allí había trajes de señora, de ricas telas, desde la pieza interior hasta las joyas de oro.

La sorpresa era general, pero tras el asombro se alzó la codicia y aquellas gentes empezaron a cargar con todo para sus hogares y en poco tiempo todo fue llevado de allí; pero cuando ya iban a terminar, una anciana se inclinó para tomar un colchón que estaba

arrollado, pero al cogerlo, éste se desenvolvió, y un grito unánime se escapó de todos los presentes.

Al abrirse el colchón, salió de él y cayó al suelo una cortina de damasco desgarrada y toda ensangrentada.

En el colchón había una charca de sangre congelada y en dos partes estaba atravesado por dos puñaladas.

El pánico y la admiración dejó suspensas a aquellas pobres gentes; pero al fin una mujer rompió el silencio diciendo:

—Esto ha sido un crimen, un asesinato tal vez.

—Ya lo creo —añadió otra—, pero bien lejos estará el asesino.

—Dios mío, esto es horrible —dijo la primera—, ¿cómo averiguarlo?

—¿Cómo averiguarlo? Con irse a la revolución se salva el que lo hizo, bien lejos estará.

—¡Cielos santos! —dijo una tercera—, ¿cómo dejar esto así?

—Dejándolo —añadió otra—, ¿quién va a descubrir lo que ha pasado?

—¿Quién?, la justicia, el Gobierno —dijo la primera.

—Vaya con tu justicia y tu Gobierno —añadió otra.

—¿Y quién la va a hacer si no lo hace él?

—Tiempo le falta al tal Gobierno para pensar en la guerra que lo azota.

—Bueno sería dar parte a la policía.

—¡A la policía! Ve que serás muy atendida.

—Pues yo daré parte, esto no debe quedar impune.

—Apresúrate, tonta, da tu parte, que lo más que conseguirás será que te lleven a la cárcel para que allí pruebes que fue un crimen y en ella crearás mojo.

—Pero eso sería injusto, y hasta criminal.

—Ve pues a decirlo, pero te suplico que no me nombres.

—Ni a mí, ni a mí —repitieron varias voces.

La pobre mujer no se determinó a dar tal parte y fue lo cierto que se llevaron el colchón y la cortina y a las ocho de la mañana todo había desaparecido, borrando aquellas pobres gentes involuntariamente las huellas de un horrible crimen.

Aquel hecho fue muy presto olvidado, pero doce años después, una persona me lo refirió, lo cual me ha dado base para la presente novela.

Capítulo I

Berta de Santelmo

Don Pedro Osorio, rico español de los pocos que quedaron en Venezuela, después de la guerra de la Independencia, era el padre de Berta; ésta fue la última de sus hijos, por cuya razón siendo ya algo viejo, cuando la preciosa niña vino al mundo, la quiso con el más entrañable cariño; sus gracias inocentes eran su encanto.

Cuando llegó a la edad de empezar su instrucción, don Pedro dedicaba sus horas desocupadas en transmitir a su adorada pequeñuela sus vastos conocimientos, fecundando con sus claras y amorosas explicaciones, el precoz talento de la niña.

Él le hacía comprender las bellezas de la naturaleza e insensiblemente imprimía en su alma y en su inteligencia elevados conocimientos y nobles ideas. Unido esto a la exquisita poesía con que había sido dotada por el Hacedor.

A la edad de diez años, Berta contemplaba con verdadero éxtasis el azul del cielo y los brillantes astros, oía entusiasmada las explicaciones que su padre le hacía de los signos, astros y planetas que cubren el firmamento y los retenía en su memoria de un modo sorprendente.

Estas contemplaciones desarrollaron su inspiración, fortificaron sus facultades intelectuales, aumentaron su sensibilidad, haciéndole concebir sueños indescriptibles.

A los doce años, leía con verdadera pasión los libros de Religión e Historia que su padre le daba, inquiría, preguntaba, y hacía que su padre le hiciera claras explicaciones, que oía con avidez, reteniéndolas en su vasta memoria.

A los quince años era una mujer formada, y poseía completo conocimiento de la historia antigua y moderna, como un complemento a su esmerada educación. Berta era de carácter festivo y tenía en su modo de ser algo de trivial naturalidad, lo cual hacía que muy pocos conocieran lo que encerraba en su cerebro aquella bella cabeza, adornada por una abundante cabellera rubia, que en preciosos y naturales rizos cubría su cuello y espalda. Su belleza era sorprendente: era blanca, sonrosada, sus ojos pardos adornados por cejas y pestañas negras, hacían contraste con su rubia cabellera; sus labios rojos, bellos y suaves, dejaban ver al sonreír dos hileras de blancas perlas, marcando al mismo tiempo, dos hoyuelos en sus ovales mejillas. Su talle era esbelto, su pecho y brazos esculturales, Fidias no hubiera podido delinearlos mejor; era una de esas mujeres que arrebatan por su irresistible belleza. Dios se recreó en su perfeccionamiento porque le concedió en abundancia hermosura, talento, memoria y poético sentimiento. Era sencilla en su vestir y nunca se adornaba con cintas ni flores. Su belleza se admiraba tal cual era, porque ella no ponía nada que la hiciera sobresalir.

Berta era una excepción de la mujer, porque para ella la coquetería era un misterio.

Su solo placer era el estudio, su solo deseo el saber; pero un acontecimiento vino al fin a despertar aquella alma llena de sentimiento.

Una tarde en que se encontraba la familia reunida en el salón, llegó de visita Esteban de Santelmo, pertenecía éste a una de las mejores y más ricas familias de Caracas —era de arrogante figura, bello porte y cultas maneras. La decencia de su familia, su posición y su belleza, lo hacían notable y era recibido con gusto en todas partes. Santelmo era amigo de la familia Osorio desde su más tierna edad, y se había divertido de niño con las gracias de la pequeña Berta, a quien él quería de todo corazón; como se quiere un precioso juguete. Siendo ya adolescente, su familia se ausentó de Caracas, y

no volvieron sino ocho años después, su primera visita fue para la familia Osorio. Su llegada causó en ella una sincera alegría, y don Pedro estrechándolo en sus brazos le dijo cariñosamente:

—¡Cuán grato me es veros amigo mío!

—Gracias —dijo el arrogante mancebo.

Luego saludó a todos particularmente, pero a Berta se inclinó cortésmente sin tenderle la mano. Ésta le devolvió su cortesía algo turbada.

Esteban tendió la vista por todo el salón y volviéndose a la señora de Osorio preguntó.

—¿Dónde está mi querida Berta? ¿Me habrá olvidado? Llamadla que deseo verla.

—¿Cómo, tan variada la encontráis que no la conocéis? Vedla —dijo, designando a Berta.

—¡Ella! —dijo Santelmo, fijando con sorpresa en Berta su mirada—. ¡Ella! —y luego añadió tendiéndole la mano—: Perdonad, señorita, estáis tan formada, que os desconocí, estáis hermosísima, no podía conoceros.

Berta sonreída y ruborosa, dejó caer su mano en la que Santelmo le tendía diciendo:

—Gracias, caballero —y añadió más bajo—: sois bien halagador.

La mirada de Santelmo impregnada de amor y sorpresa no se apartó de Berta, y ésta bajó la suya ruborizada.

Desde ese día, Santelmo frecuentó la casa de Osorio ciego de amor por Berta.

Ésta no podía ocultar la viva impresión que él le había hecho sentir, fue lo cierto, que después de mil peripecias para ponerse ambos al corriente del amor que agitaba sus corazones, Santelmo tuvo la certeza de ser amado por Berta con el amor más verdadero, porque ella le dio todo su amor, dejándole ver su alma sencilla y pura y sus más secretos pensamientos, por lo cual aquellos amores fueron un idilio divino. Berta poética y soñadora, Berta que era toda idealidad y sentimiento enloqueció a Santelmo, el cual, amigo de su libertad y poco constante en el amor, sin saber cómo se decidió a sacrificarlo todo y pidió la mano de Berta, la cual le fue concedida con placer, porque era un excelente partido unido al gran amor que se profesaban ambos.

Santelmo era bastante rico y con la mayor brevedad hizo a Berta su esposa.

¡Cuántas horas de inefable dicha le ofreció su encantadora compañera! ¡Cuántos placeres para él desconocidos le hacía saborear aquella mujer poética e ideal! Santelmo los disfrutaba con ávida delicia y fue muy raro que en dos años no pensase sino en el amor de su adorada esposa.

Con otra mujer no habría sido tan larga su consagración.

Santelmo era enamorado y veleidoso.

Su felicidad había consistido en sus conquistas y triunfos. Berta pudo adormecerlo dos años, con la embriaguez del amor espiritual que le profesaba. Él, que sólo conocía el amor venal de los sentidos, no podía comprender por qué sufría tal variación. A los bailes, a los teatros, a los paseos no le agradaba ir sin su dulce y espiritual esposa, pero pronto un acontecimiento lo privó de tan grata compañía, el cual llenó el alma de Berta de la más inefable dicha de la cual participaba él a su vez.

Berta pronto sería madre, y aquella mujer que era casi una niña, conocía sus deberes y abandonando toda diversión, dejó a su hijo completa libertad para su desarrollo.

Santelmo lleno de alegría, esperaba ansioso el momento de llamarse padre.

La venida del primer hijo al tálamo nupcial es la bendición que Dios envía a los esposos, la cual remacha la cadena que los unió convirtiendo los eslabones en bellas y aromadas flores que exhalan su dulce y suave aroma por la respiración del hijo amado.

—Berta mía —le decía Santelmo—, soy tan dichoso que no extraño mi vida de distracciones y llevo con gusto la sedentaria vida del matrimonio.

—Querido Esteban —le decía Berta—, la verdadera felicidad se encuentra en el hogar doméstico, las alegrías fuera de él, siempre ofrecen al fin penas y desagrados porque el verdadero afecto lo dan la esposa, la madre y los hijos.

—Tienes razón querida mía, yo soy muy feliz, sumamente feliz —decía él.

Berta al fin lo hizo padre: una hermosa niña vino a embellecer su hogar.

Santelmo loco de alegría trató de traer nodriza a la niña, pero Berta estrechándole contra su corazón se opuso y dijo:

—Jamás esposo mío, jamás, mi primer y solo placer hoy consiste en llenar mis sagrados deberes de madre.

—Puede, querida Berta, sufrir tu naturaleza, eres demasiado joven.

—Si Dios me hizo madre siendo tan joven, prueba que puedo sin perjuicio alimentar a mi hija.

Santelmo no insistió y Berta consagrada a la crianza y cuido de la niña, lo dejaba solo.

Él ni iba al teatro, ni a las tertulias, con el alejamiento de su esposa sintió aburrimiento, la lectura lo cansaba y al fin terminó por irse solo a las diversiones y paseos, hasta que al fin volvieron a ser para él, el centro de todos sus goces.

Berta lo dejaba en completa libertad, sin comprender que siendo como era por naturaleza veleidoso, se labraba su desgracia ¡pobre Berta!

Ella amaba a su esposo con toda la fuerza de su grande alma, con la acendrada ternura de su rico sentimiento, con la potente fuerza de su claro intelecto y ardoroso corazón, y lo amó tanto que lo amó sin restricción. Apenas de quince años, y siendo su legítima esposa, y aquel su primer y único amor, no le puso valla a las tiernas y amorosas emanaciones de su alma, y se entregó con embriaguez a disfrutar la felicidad de amar y ser amada.

¡Pobre Berta! Jamás soñó en sus horas de inefable dicha, el cruel desengaño que pronto vendría a desgarrar en sangrientos pedazos, su tierno y sensible corazón; ¡jamás pensó que las bellas ilusiones de su alma se convertirían en negros festones, y dolorosos recuerdos!

¡Pobre Berta! ¡Cuánto tuvo que sufrir su exquisito sentimiento con su desencanto!

Niñas, rechazad con miedo a esos jóvenes imberbes que creen amar y se entregan al matrimonio, porque pasada la primera ilusión dan rienda a sus pasiones y la pobre esposa, la madre de sus hijos, el ser que más los ama en el mundo, viene a recibir en recompensa de tanto amor y abnegación el tristísimo título de "La mártir del hogar", viendo con el alma desgarrada a su esposo de desliz en desliz, sonriendo al principio si os quejáis, y rabiando exasperado al fin al oír vuestros reproches y ver vuestros sufrimientos y vuestras lágrimas.

Santelmo era de naturaleza ardiente, apasionada, de carácter veleidoso, y gozaba en saborear esas emociones nuevas, continuas variaciones de objeto en el amor, que constituyen la felicidad de esos seres fugaces y volubles.

Sin dejar de cumplir los sagrados deberes de esposo y padre, al verse en libertad, dio rienda suelta a sus pasiones que por algún tiempo tuvo contenidas.

Sin dejar de amar a Berta con toda el alma, pronto se le vio una o dos queridas. Él era bastante rico y derrochaba en sus calaveradas el porvenir de sus hijos.

Berta comprendió su desgracia y resignada sufría en silencio sin lanzar ni una queja. Sus caricias para él se fueron debilitando insensiblemente, y llenaba sus deberes de esposa, sonriendo débilmente.

Santelmo, entregado a satisfacer sus pasiones, y gozar de sus placeres, o no notaba su frialdad o hacía que no la comprendía, porque como le era demasiado duro someterse a la vida sedentaria del matrimonio, se aprovechaba en demasía de la libertad, que la frialdad de su esposa le daba.

Berta lo comprendía todo, y silenciosa, devoraba su dolor, esperando que aunque tarde, algún día reconocería su error.

Capítulo II

La cartera

Berta acababa de lactar a su última hija que contaba dos años. En medio de sus penas y desencantos, sus dos hijas eran su solo placer, su sola dicha en el mundo. Cuando su espíritu se rendía abatido, las gracias de aquellas inocentes criaturas le reanimaban, y dulce sonrisa se asomaba a sus labios… Empero, aunque de ánimo fuerte y enérgico corazón, su joven naturaleza se resintió a causa de sus morales sufrimientos y por la debilidad que ocasiona la lactancia de dos niñas seguidas.

Santelmo entregado a sus placeres no observaba el delicado estado de su esposa, que sufría del pecho, amenazándola con morir por la tisis. Su familia temió esta consecuencia y le aconsejó se curase, ella habría dejado seguir el curso de tan terrible mal pero el amor de sus hijos la hizo someterse al diagnóstico de su médico.

—Amiga mía —le dijo el doctor que era un excelente anciano—, vuestro mal reside más en vuestra alma que en vuestro cuerpo.

—¡Oh doctor! —dijo Berta sorprendida.

—Curaréis de él, entre tanto: ejercicio, paseo, leche, distracción y valor, mucho valor.

Desde ese día, Berta salía de mañana con una de sus hermanas, daba un corto paseo después de tomar la leche, y presto volvía al lado de sus hijas.

Santelmo, que se retiraba sumamente tarde, dormía a la hora en que Berta daba su paseo matinal.

Herido el orgullo y el amor de Berta, por la indiferencia con que su esposo había visto su enfermedad, no le habló de los remedios que practicaba para recobrar su perdida salud.

Una mañana, entró Santelmo en la habitación de su esposa. Acababa de llegar de la calle donde había pasado la noche.

Sus dos hijas al verlo entrar, corrieron hacia él tendiéndole sus bracitos.

Santelmo, a pesar de sus deslices, amaba a sus hijas en extremo, y tomándolas en sus brazos las sentó en sus rodillas cubriéndolas de besos y caricias.

—¿Dónde está Berta? Es extraño que no esté con ustedes.

—¿Mamá? —dijo Alicia (que era la mayor de ellas)— ella fue a pasear.

—¿A pasear? —dijo él admirado.

—Sí, ¿y sabes?, va a traernos dulces y muñecas.

—¿Dónde ha ido tan temprano? ¿Salió sola?

—No, papá, fue con Luisa para que ella traiga todos los dulces y todas las muñecas.

—¿Te gustan los juguetes hija mía?

—Mucho, pero tú nunca me los traes, ella sí.

—Tienes razón, ¡pobrecitas! Desde mañana te ofrezco traerte siempre muchos, muy bonitos, y muy buenos para las dos.

—¡Qué alegría! —dijo la niña batiendo sus manecitas—, ¡qué alegría! Mañana te quiero más, papá.

—¿Me quieres por los juguetes?

—No, por eso no, toma un beso —la chiquitina Teonila le tendió sus bracitos y le ofreció otro beso también.

Santelmo se sintió tan satisfecho con las inocentes caricias de sus hijas, que sonriendo se recostó en el confidente de Berta y se quedó dormido.

La niñera trató de sacar las niñas de allí para dejarlo dormir, pero despertó, y murmuró: “Por cierto que no atino a dónde ha ido Berta”.

Momentos después, se levantó para irse a su habitación murmurando siempre.

—¿Dónde habrá ido Berta? Luisa no es compañía, esto es raro y me sorprende.

Berta llegó poco después. A la hora de almorzar, como su esposo se había recogido tan tarde, no quiso llamarlo y comió sola con sus hijos y una de sus hermanas.

Por la tarde, se sintió fatigada y retirándose a su habitación se reclinó en el confidente en que se había acostado su esposo en la mañana. Su mano tropezó con un objeto, y lo tomó para ver lo que era, en él reconoció una cartera de su marido; casi sin curiosidad la abrió, y vio lo que contenía: eran unas cartas y la fotografía de una mujer bellísima.

El corazón de Berta se oprimió de dolor.

—¡Ah! —dijo la infortunada esposa—, yo no leeré estas cartas, no quiero leerlas.

Y poniéndolas dentro de la cartera, las guardó en el bolsillo y llamó.

—¿Habéis llamado? —dijo un sirviente que vino en el acto.

—Sí, quiero saber si Santelmo está ya levantado.

—Acabo de dejarlo en el jardín ¿queréis que lo llame?

—No, iré yo donde él está.

Berta se dirigió al jardín; su fisonomía se cubrió con la máscara de fría indiferencia con que ocultaba la honda herida que sangraba su corazón.

Otra mujer habría leído aquellas cartas, y promovido una escena tempestuosa, pero ella era demasiado orgullosa y digna para leerlas.

Cuando divisó a su esposo se dirigió hacia él; éste al verla ir donde él estaba, se adelantó sonriendo cariñosamente a recibirla, sorprendido de que lo buscase, porque hacía mucho tiempo que ella esperaba que él la llamara, pero jamás iba espontáneamente donde él estaba, y cuando él le decía:

—¿Por qué estás tan alejada?

Ella sonriendo contestaba:

—Porque estoy entretenida con las niñas.

—Eso quiere decir que ya ellas no me dejan jugar.

—No —decía ella dulcemente—. Es que espero a que quieras estar a mi lado.

—Antes no pensabas así Berta, y no te apartabas de mí.

—Antes era diferente.

—¿Diferente?, ¿y por qué?

—Porque con los años varían los gustos.

—Es decir que los tuyos han variado Berta.

—¿Y quién responde que no sean los tuyos?

Por eso al ver que se dirigía a él, salió a su encuentro diciéndole cariñosamente:

—¡Querida Berta!

Ella sacó la cartera de su bolsillo y alargando la mano, se la dio a Santelmo diciendo:

—Tomad, he hallado esto en el confidente de mi alcoba, debe ser vuestro pues sois el único que entra allí; es una cartera, con unas cartas y un retrato.

Santelmo se puso densamente pálido y tomando la cartera, dijo, por decir algo:

—¿Las has leído?

—Santelmo —dijo ella, suave pero con altivez—, jamás cometeré ninguna acción que rebaje mi dignidad de esposa.

—¿Me permites que lo dude querida mía?

—Y por qué dudarlo, ¿no me conocéis?

—Es increíble que teniéndolas en tus manos no las hayas leído, más siendo mujer.

Picada Berta con aquellas palabras, no pudo contenerse y dijo con entereza:

—Caballero, cuando una mujer lee por curiosidad lo que le viene a las manos, la califico necia.

—De modo que tú no las has leído por no merecer ese epíteto —dijo Santelmo en tono burlón.

Berta alzó los ojos y su serena mirada se fijó en su marido, diciendo pausadamente:

—Si su contenido hubiera interesado a mi corazón yo habría tratado de imponerme de ellas.

—¿Cierto? —dijo Santelmo picado a su vez—, ¿o es tu orgullo el que quiere hacerme creer que has visto con indiferencia las cartas y el retrato?

—¿Mi orgullo? —dijo Berta con amarga sonrisa— ¿mi orgullo? Hace mucho tiempo que él no se hiere, por nada que tú hagas.

—Eso como que revela que me ves con indiferencia Berta.

—¡Quién sabe! —dijo ella—, puede que sea esa la causa.

Santelmo no pudo contener un movimiento de impaciencia y dijo en tono de reproche:

—Ya lo creo, quizá tengas algo que te interese más en los paseos matinales que haces casi sola, y que me han sorprendido por cierto.

—Como sola vivo, sola busco mi salud perdida, y esos paseos los hago siempre acompañada de una de mis hermanas —dijo Berta con dignidad.

—¡Tu salud perdida!, ¿estás enferma?, ¿qué tienes? En verdad que te noto bien pálida y bastante delgada.

—Cuán tarde vienes a notarlo, y eso por mi indicación, ¿será eso interés o indiferencia? —dijo Berta, sin poder contener una amarga sonrisa.

Santelmo conoció lo justo de aquel reproche y todo turbado, tomó la mano de su esposa y le dijo con tierno cariño:

—No seas tonta esposa mía, estás amostazada porque has leído esas cartas; no hagas caso de eso vida mía, tú eres sin disputa la reina de mi corazón.

Berta retiró su mano de la de su esposo, y con sereno continente le contestó:

—Te repito que no las he leído porque nada me interesa en ello, ni tengo como otras mujeres el defecto de la curiosidad.

—Sí, eso es cierto Berta, pensaré dos cosas, la una, que no me amas ya, la otra es que de mujer sólo tienes tu preciosa forma.

—Gracias por tu galantería Santelmo, pero puede ser que sean las dos cosas a la vez.

Al terminar estas palabras, Berta se dirigió a la casa, Santelmo se quedó atónito viéndola alejarse; de repente, sintió un golpe en el corazón y la llamó diciéndole con doloroso reproche:

—¡Berta!, pesa las palabras que has dicho.

Ella se volvió y con serena sonrisa le dijo pausadamente:

—Jamás hablo sin pensar mucho lo que digo.

Y sin esperar la respuesta de su esposo, entró a la casa.

Cuando Santelmo vio desaparecer a Berta, su corazón se conmovió de una manera terrible. La fría indiferencia de su esposa lo hizo estremecer, y creyó que había dejado de amarlo; el dolor, algo de celos y el remordimiento de sus faltas, agitaban su corazón. "Si ve

con tanto desprecio las cartas y el retrato, es porque en su corazón no hay ya amor para mí", pensó, su calma, su frialdad, y su sosegado sentimiento todo le revelaba la pérdida de su corazón.

—¡Dios mío —dijo Santelmo—, he perdido mi felicidad! Qué horrible agitación siento. Berta mía, tú eres el amor de mi alma, mi esposa, la madre de mis hijos que idolatro, y a pesar de todo esto, entregado a venales amores te dejo sola, dejo sola tu tierna alma lacerándola con mis faltas. Estaba tan ciego que cuando sonriendo fijabas en mí tu mirada, no veía la melancolía de ella, no veía lo forzada que era tu sonrisa. Debía suceder así, debía ser reemplazado tu amor, por esa fría indiferencia que es el castigo de mis faltas. ¡Pero no! Yo iré a implorar tu perdón y si me lo concedes, juro que no cometeré más errores.

Santelmo se dirigió a la casa y preguntó por Berta, le dijeron que estaba en su habitación y corrió a ella. Berta estaba recostada en el confidente y cubría con su brazo la cara por ocultar las lágrimas que pugnaban por salir.

Al sentir los pasos de Santelmo instantáneamente le vino la reacción y apartando el brazo sonrió dulcemente sentándose. Él se sentó a su lado y le dijo sin preámbulos:

—Berta, tus palabras son dardos envenenados que han herido mi corazón de muerte.

—¡Qué dices Santelmo! ¡En qué te he ofendido! Si he dicho algo que te haya herido como dices, lo he hecho sin intención, decid lo que es y os satisfaré.

—¿Qué, no lo comprendes? ¿Es natural en ti esa fría indiferencia con que me tratas?, ¿ese desdeñoso desprecio con que me ves? ¡Eso no puede sentirlo sino aquel que no ama! Berta mía, dime que has mentido, dime que no has dejado de amarme.

—¿Esteban, te olvidas que eres mi marido?, ¿te olvidas que eres el padre de mis hijos?

—¿Es decir que siempre me amas?, ¿que no me desprecias, que no te soy indiferente?

—No hay mujer que desame y vea con desprecio e indiferencia al hombre que tiene para ella esos títulos.

—¿Es decir que me amas como siempre y me das tu perdón?

—No te empeñes tanto Santelmo en obtener ese perdón, vive tranquilo que desde que me convencí que no basta mi cariño para llenar tu ardiente corazón y que necesitabas otros afectos para ser feliz, te lo concedí por completo por las faltas cometidas, por las que me cometías y por las que pudieras cometerme.

—¡Y dices que me amas! —dijo Santelmo con doloroso reproche.

—Ya antes te he hecho presente los derechos que tienes a mi afecto. Pero te dejo en libertad para que busques en otra parte tu felicidad.

—¡Imposible!, tú no puedes amarme, si realmente me amaras no te expresarías así, porque esa sangre fría para pensar, solo puede tenerla la que tenga el corazón yerto.

—¿Y qué quieres Esteban?, ¿quieres que me cieguen los celos, que llore, me desespere, y rabie? Eso sería una necedad, y conociéndote, no debo tener celos que serían inútiles.

—El que ama de veras Berta, lo siente y lo expresa, el que ama con el alma, no, no raciocina, pierde la razón al tener motivos para sentirlos.

—Yo como otras mujeres, no soy tan loca, que trate de hacerme amar por medio de arrebatos, ultrajes y rabiosas lágrimas.

—Ese modo de filosofar con respecto a tan fuerte pasión como los celos, nace a mi entender de la indiferencia.

—Tu creencia es errónea Santelmo, y para desvanecer las dudas que tengas te diré: yo sé cumplir los deberes que me impone mi estado de esposa, por esa razón, ahogando en el fondo de mi alma la amargura que acibara mi corazón, espero resignada que suene la hora de tu desencanto, y que lleno de hastío entonces por la vida agitada que has llevado, busques mi seno para reclinar tu cansada frente, y en mis brazos olvidar las amargas decepciones que hayas sufrido. Entonces, esposo mío, yo te arrullaré en ellos para hacerte olvidar tu desencanto y espero que aunque tarde encuentres la felicidad, que te guarda tu esposa en ellos.

—¡Calla! Calla por Dios, que me estás matando… esposa mía… pronto, muy pronto buscaré esos brazos y esa felicidad que me ofreces… He sido, y soy un infame —y salió de la habitación como un loco.

Si todas las mujeres obraran así, qué de lágrimas se ahorrarían en el hogar doméstico.

Pero por desgracia no sucede esto, y existen muchas, que locas de celos, han llevado su ceguedad, hasta inmolar por el propio placer de vengarse su propia honra, olvidando el respeto que se deben a sí mismas.

¡Desgraciadas criaturas!

Capítulo III

El arrepentimiento

Diez años han pasado después del capítulo que terminamos. Santelmo frisaba en los cuarenta años, Berta tenía treinta y dos. Hacía dieciséis años que eran esposos, pero Santelmo, aunque con más moderación, no dejaba de ser el mismo.

Amaba a Berta, adoraba a sus hijos, pero aquellos afectos no satisfacían por completo a aquel hombre veleidoso, que como el tierno adolescente, vivía sediento de nuevas emociones; los años hacían que ocultara sus errores con el mayor disimulo, pero aunque menos, no dejaba de cometerlos: Berta los conocía todos y resignada sufría en silencio, convencida de que todo reproche era inútil. Cumplía con amorosa solicitud sus deberes de madre, los de esposa, siempre con fría indiferencia.

En cuanto a él, vivía engañado, pues creía que Berta desconocía sus faltas. Su fortuna se había mermado a menos de la mitad, y su esposa, a quien él trataba de ocultárselo, comprendiéndolo, fue poco a poco reduciendo sus gastos, evitó con este o aquel pretexto todo gasto superfluo y se consagró a educar a sus hijos, satisfecha de llenar tan dulce deber.

Santelmo que no quería que ella y sus hijas dejaran de vivir en la abundancia en que habían vivido siempre, contraía deudas, pensó seriamente en abandonar aquellos errores y vivir para ella, porque comprendió que ya estaba arruinado. Tenía una hija de quince años y otra de catorce, y dos hijos varones que educaba en un colegio: la idea de quedar en la miseria lo desesperaba por ellas.

Acababa de llegar una compañía de ópera italiana, esa noche hacía su estreno. Santelmo pensó en Berta y sus hijas, determinó llevarlas al teatro, radiante de contento se dirigió a su casa y buscando a Berta que estaba en su habitación le dijo:

—Vengo para decirte que he tomado una localidad para que vayan al teatro.

—¿Al teatro? —dijo Berta—, ¿para qué?

—Para que goces, para que te diviertas, no sales para nada, vives encerrada y triste.

—¡Divertirme! ¡Un alma que sufre no la divierte nada!

—¡Sufres! ¿Y por qué? Yo procuro tenerte abastecida de dinero para que satisfagas todos tus deseos, ¿por qué sufres?

—¡Dinero! —repitió Berta—, ¡dinero! —e inclinó la cabeza.

—Dinero —dijo Santelmo—, dinero, con él se consigue todo, yo al menos gasto mucho, mucho, pero gozo en extremo.

—¿Es decir que tú compras tus goces?

—Claro está, tú crees que se hallan de balde.

—Creo más, creo que los que no cuestan nada son los que nos brindan la felicidad.

—¡Qué descubrimiento! Dime esposa mía, ¿qué goces son esos que cuestan baratos que yo no los conozco, a pesar de ser uno de los hombres que más ha gozado en el mundo?

—Tienes razón, tú no puedes conocerlos, porque esos goces que no cuestan nada, son los que emanan del sentimiento, los cuales creo que te son por completo desconocidos.

—Según tu forma de expresarte yo no tengo de hombre sino la forma.

—¡Y quién dice tal cosa!

—Tú, esposa mía, si no tengo alma, ni sentimientos ¿qué soy entonces?

—No te amostaces Santelmo; pero el hombre que sólo es feliz con los placeres que paga, que desconoce y cree insuficientes los del

alma y el sentimiento, tienen sin disputa, de hombre, la forma solamente.

—Vaya, vaya, porque según te expresas soy como la bestia, materialista.

—No he querido darte tan brutal epíteto esposo mío, pero creo que hoy, en el dintel de la vejez, tus sentidos dominan como siempre tu sentimiento, e imperan sobre tu corazón ¡olvidando tus sagrados deberes de esposo y padre!

—¡Qué decís Berta! Según tú, soy mal esposo y mal padre. Mal esposo, y te adoro hasta el grado de no poder vivir sin ti. ¡Mal padre y sólo me siento abatido cuando pienso en el porvenir de mis hijos! ¡Ah Berta! Di que has mentido, dime que erraste al expresarte así, no me mates.

—No, yo no puedo decirte eso, yo por amor a ti y a mis hijos, debo decírtelo hoy todo.

—¿Y por qué hoy y no antes? ¿Por qué si me has creído indigno de ti, has guardado tan largo silencio?

—¿Y qué podría decirle al hombre, que olvidando mi amor y sus sagrados juramentos, se entrega a derrochar su fortuna, para comprar goces y placeres, que yo como esposa no podía ofrecerle? Nada, a la infeliz que tiene la desgracia de tocarle esa suerte no le queda más recurso que devorar en silencio su dolor y arrullar contra su corazón triste y resignado los hijos de su amor, llenándoles sus rostros inocentes y sonreídos, de besos y lágrimas.

—¡Berta…! ¡Querida esposa mía! —exclamó Santelmo agitado y conmovido—: Soy un infame, un hombre sin corazón.

—Santelmo, nunca es tarde para llenar nuestro deber, vuelve en ti, aún es tiempo.

—Pero si lo que dices es verdad, si olvidado de todo, he botado mi fortuna, aunque el arrepentimiento llene mi corazón, yo seré desgraciado aunque desde este momento sólo viva para ti y mis hijos, no lo creerás.

Berta tenía fija su ansiosa mirada en aquel hombre que había sido su solo amor en el mundo. Su clara inteligencia le hizo comprender que era sincero su arrepentimiento, su corazón se dilató de placer y poniendo su mano sobre el hombro de Santelmo le dijo dulcemente:

—¡Si fuera cierto eso que dices esposo mío, qué felices seríamos!, aunque algo tarde.

—Berta, ¿lo recuerdas? Tú me dijiste un día estas palabras que no he podido olvidar, óyelas: "Santelmo, el día que suene la hora de tu desencanto y que hastiado busques mis brazos para allí hallar el olvido de tus decepciones, yo te arrullaré en ellos; y entonces reclinada tu cansada frente en mi seno, olvidarás tus dolores, encontrando la dicha verdadera."

—¿Y ese desencanto, ese hastío, ha invadido tu corazón? Si fuera tan feliz que viera llegar esa hora —dijo Berta.

—Sí, esa hora ha sonado querida esposa mía, yo necesito tu amor, tu ternura, tus caricias y perdón… Soy tan desgraciado que piso el dintel de la ruina… Sólo tú con tu juiciosa cordura puedes salvarme, Berta; Berta mía, necesito más que todo en la desgracia que me amenaza, ese amor sublime que guardas en tu gran corazón…

Santelmo no pudo proseguir porque las lágrimas bañaron sus mejillas, sollozando como un niño.

Berta contenía las suyas, que la ahogaban y abriendo sus brazos dijo con ternura:

—¡Ven adorado esposo mío, ven!…

Él se precipitó en ellos y sus lágrimas se confundieron, uniendo aquellas dos almas, que no habían dejado de amarse nunca, para no separarse jamás.

Capítulo IV

Cuatro años después

El Tratado de Coche acababa de terminar la sangrienta guerra que por cinco años asoló a Venezuela. Guzmán Blanco acababa de ceñir su frente con la página más hermosa de su historia y adornado con tan bello laurel, entregó a Falcón la ciudad y el gobierno conquistados por él.

Los bravos militares de aquella heroica cruzada, después de su triunfo, se retiraban contentos a sus hogares. El Regenerador unido a jóvenes inteligentes, ponía las bases del Gobierno que más tarde engrandecería a Venezuela.

El general Pablo Querales, uno de los militares de esa época, tenía el mando de uno de los batallones que entraron triunfantes a Caracas, el cual, estando todavía en servicio, se quedó en la ciudad, rico y lleno de glorias; era una figura notable. Pronto los salones más decentes le fueron abiertos, donde era recibido con estimación. El de Santelmo fue uno de ellos. Éste, ayudado por la herencia de una tía y con su trabajo y economía, había rehecho su fortuna. Su felicidad era completa, y aunque tarde, probaba esas dulzuras del hogar doméstico que le habían sido desconocidas hasta entonces. En cuanto a

Berta, era completamente feliz, y se deleitaba en el amor de su esposo e hijos.

Alicia, la mayor, era bellísima, de dulce y suave carácter. Teonila tenía también una belleza admirable pero distinta a la de Alicia, ésta era sensitiva, todo la hacía estremecerse a pesar de tener diecinueve años, era siempre dominada por Teonila, que tenía diecisiete, pero viva, resuelta y alegre era la anteposición de su hermana, y con su resolución siempre salía triunfante.

Berta, tenía dos hijos varones que se educaban en un colegio, internos. Cuando el general Querales fue presentado en la casa de Santelmo y vio a la bella y melancólica Alicia, se enamoró de ella perdidamente y frecuentó la casa, pronto se le presentó la ocasión de hacer conocer a Alicia su loco amor y ésta al oír las amorosas declaraciones que él le hacía, sintió agitarse algo extraño en su corazón. La llegada de Querales la sobresaltaba y hacía palidecer, pero al acercarse a saludarla el carmín teñía sus mejillas.

Berta, que observaba a su hija, comprendió que el amor quería anidarse en su corazón, y trató de evitar que siguiera adelante aquella impresión, porque Querales no era de su agrado a pesar de su buena posición.

Cuando se vio sola con Santelmo le dijo:

—Sabes que noto que el general Querales está enamorado de nuestra Alicia.

—Yo también lo he observado.

—Y me parece también que Alicia se impresiona al verlo.

—Ojalá que sea así.

—¡Cómo! ¿Te agradaría que Querales llegara a ser el esposo de Alicia? —dijo Berta sorprendida.

—Ya lo creo, ese sería un brillante partido para nuestra linda Alicia. ¿No lo crees tú así?

—Si he de ser franca, amigo mío, te diré que no.

—¡Que no! ¿Por qué? ¿Sabes algo malo de él?

—No, pero me desagrada ese sujeto.

—Yo creo que nuestra Alicia no piensa como tú, acabas de decirlo tú misma.

—Y esa es la causa que me trae a tu lado, para de acuerdo contigo poner los medios para cortar esto en tiempo.

—¿Con que es cierto que no te agrada Querales o es que como muchas madres no te agrada casar a tus hijas?

—No me desagrada que se casen, por el contrario, pero no me gustaría verla casada con ese hombre.

—Vaya, es puro capricho, piensa en que tu hija será feliz, puesto que ella lo ama, y además esposa mía, convéncete que es buen partido, es rico, de buena familia y tiene una brillante posición; desvía pues de ti ese capricho y propende como yo a que se haga el matrimonio.

Berta no tuvo qué replicar, y se retiró pensativa.

Después de esta conversación, los días se sucedían unos tras otros, sin que Berta y su marido hablaran de aquel asunto; pero el amor de Querales tomaba grandes dimensiones y Alicia lo correspondía.

Al fin, ciego de amor, Querales se decidió a pedir a Santelmo la mano de Alicia, ofreciéndole casarse dentro de dos meses.

Aquella petición como lo comprenderá el lector, fue recibida con placer por Santelmo, que contestó a Querales:

—Yo amo a mi dulce y querida Alicia con toda la fuerza de mi amor paterno. Es la primera hija que he tenido, y si no encuentra en usted todas las cualidades apetecibles para el esposo a quien debo darla, créalo usted no consentiría en vuestro enlace.

—¡Oh!, gracias mi buen amigo; yo juro a usted que haré todo lo posible para después de hacerme digno de tal confianza, remunerar a usted esa estimación que me ofrece, no desmintiendo su creencia.

Santelmo se inclinó y tocó un timbre.

Un criado se presentó y dijo a Santelmo:

—¿Habéis llamado señor?

—Decidle a la señora y a la señorita Alicia que las espero aquí.

El criado se inclinó y salió. Momentos después se presentaron Berta y Alicia. Berta rígida y fría, saludó a Querales y se sentó. Alicia ruborosa y sonreída, lo saludó y se colocó al lado de su madre.

—Berta —dijo Santelmo—, el señor Querales ha pedido la mano de nuestra querida Alicia, yo le he dado gustoso mi consentimiento, pero como tú eres su madre, espero el tuyo para estar del todo satisfecho.

—Santelmo —contestó Berta con fría resignación—, si esa es tu voluntad me someto a ella, tú sabes que jamás te contrarío.

—¿De modo, señora —dijo Querales—, que si consentís, es por no contrariar a vuestro esposo, no porque yo sea de vuestro agrado?

—No he querido decir eso caballero, sólo he significado a mi esposo que su voluntad es la mía, y que jamás lo he contrariado —dijo Berta con marcada frialdad.

—Yo habría querido encontrar en usted, Berta, las demostraciones de estimación que encuentro en Santelmo, pero yo le ofrezco que me las sabré granjear; porque desde este momento empiezo a amarla, como amé a mi madre.

Berta sonrió débilmente, y luego dijo:

—Gracias, General, Dios quiera que nos entendamos.

Querales se sonrió y sentándose al lado de Alicia lo olvidó todo para pensar en ella.

Cuando se retiró Querales, Berta se fue a su habitación, y cayendo ante un Cristo que allí estaba, de rodillas, elevó sus manos hasta él exclamando:

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!, proporcióname el medio de romper este matrimonio, este hombre no me gusta.

Querales activaba los preparativos para su matrimonio y Santelmo, a su vez, trató de arreglarle a su querida Alicia digna canastilla y se dirigió a Berta una mañana diciéndole:

—Berta, me parece que ya es tiempo de que tratemos de arreglar decentemente a nuestra hija para la boda; Querales está loco y quiere hacer volar al sol.

—Para qué tan presto Esteban, ¿no te parece mejor esperar unos días más…? Tú puedes hacerlo.

—Qué caprichosa eres, querida Berta, ni la fina delicadeza con que el pobre Querales te trata, han podido desvanecerte ese capricho nervioso.

—Tú me tachas amigo mío de caprichosa, pero créelo, no sé qué secreto instinto me hace pensar con horror en el enlace de mi hija con ese hombre.

—¡Ah!, caprichosa, caprichosa —dijo Santelmo, pasando su mano cariñosamente por la cabeza de Berta—, ya verás cómo vas a querer al yerno.

—Dios lo quiera —dijo Berta dejando a su esposo solo.

Capítulo V

Alicia y Teonila

Pasaron muchos días, los preparativos para la boda se hacían en ambas partes con tesón, el rostro de Alicia revelaba su felicidad, pero en medio de él, se veía pasar una nube de tristeza, que el más pequeño incidente desvanecía, como las ligeras nubecillas que se ven por instantes, en el azul firmamento; y era que la sensible niña cuando en medio de sus sueños de felicidad, pensaba en la marcada antipatía que experimentaba su buena y querida madre por su futuro esposo, su seno se oprimía, y por su lindo rostro cruzaba una nube de tristeza.

Una mañana entró Alicia en la habitación de su madre a darle como tenía por costumbre su beso de saludo, su madre se lo devolvió amorosa, y sin querer, sus ojos se llenaron de lágrimas. La pobre niña pasó su lindo brazo por el cuello de su madre y atrayéndola hacia ella, le dijo con dulce y amoroso acento:

—Yo sé por qué lloras madre mía, tú lloras porque no quieres a Querales; y eres injusta madre mía, él te quiere mucho y se queja de tu frialdad.

—Te engañas hija mía, yo estimo a Querales, pero ese es mi modo de ser.

—¡Tu modo de ser…! Tú quieres engañarme; porque tú eres con todos dulce y cariñosa, sólo con Pablo eres fría y ceñuda, casi revela tu semblante que lo odias.

—Estás en un error Alicia… ¿por qué he de odiarlo, qué me ha hecho él?

—Es verdad, qué puede hacerte, si me dice que te quiere tanto, es tan bueno y me pongo tan triste cuando pienso en eso, que quisiera llorar.

—Espero que sea tu esposo, entonces tú verás lo distinta que seré con él.

—¿De cierto mamá?

—Sí hija mía, pero ahora me conviene obrar así.

—Porque tú lo crees malo y estás engañada, él me ama bastante.

—Lo comprendo, sí, demasiado lo veo, pero ojalá no fuera así —dijo Berta distraída en sus pensamientos.

—¿Qué dices mamá?, ¿deseas que el amor que me tiene Pablo, sea falso y desleal?

—¿Por qué me dices eso Alicia? —dijo Berta volviendo en sí de su abstracción.

—Porque sería horrible si realmente sintieras semejante cosa.

—¿Y horrible por qué, hija mía?

—Porque probarías que no me quieres cuando deseas eso.

—Y si fuera así, ¿no estoy yo aquí para defenderte?, ¿crees que si yo comprendiera que obraba con felonía, vendría a esta casa? No hija, no vendría.

—¿Pero estás convencida de su buen proceder, mamá?

—Sí, comprendo que te ama con pasión; y que por desgracia está loco por hacerte su esposa.

—¿Por desgracia?, ¿por desgracia? —repitió Alicia con dolor— ¡Ah mamá, tú no me quieres! —y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Pobrecita! —dijo Berta estrechándola en sus brazos y dejando correr las suyas silenciosas—, ¡pobre hija mía!, ¡me sobresalta tanto la idea de tu desgracia…!

—¿Tú calificas mi matrimonio como una desgracia, madre mía?

Berta comprendió que afligía demasiado a la pobre niña y enjugando las lágrimas le dijo secando las que vertió Alicia:

—Vamos tontuela, sólo quería ver qué efecto hacía: no llores, deja de estar triste, ¿no ves que me río de tu temor?; te lo repito, sólo he querido ver el efecto que te hacían mis palabras.

—¿De cierto? ¡Ah!, estaba atemorizada, me parecía que en verdad podía ser desgraciada en mi matrimonio con Pablo.

—Basta pues —dijo Berta, trayendo a su rostro la más franca alegría—. No te entristezcas; pero aquí llega tu hermana Teonila y ella acabará, con su alegría natural, de borrar esa nube de tristeza que has tenido.

Berta recibió y devolvió a Teonila su dulce beso y dejó a sus dos hijas solas, diciéndole a Teonila:

—Quítale a tu hermana la tristeza que tiene.

—¿Y por qué estás triste hermana mía?

Luego fijando la vista en ella le dijo sorprendida:

—Pero si estás llorosa, ¿dime qué tienes, querida Alicia?

—Nada, una chanza de nuestra madre, que me ha asustado.

—Pero por una chanza de ella no debes asustarte, es tan buena nuestra madre…

—Lo sé, la conozco, y como es tan angelical, creo siempre cuanto dice…

—Tienes razón Alicia, si en la tierra existen ángeles, nuestra madre es uno de ellos.

—Por eso me ha asustado porque ella siempre acierta cuando aconseja a papá, y en todo debe ser lo mismo y me asusto porque ella no quiere a Pablo, y tú sabes cuánto lo amo, ¿no ves cómo lo trata?

—No seas tonta, si ella se pone seria y entonada en el salón, cuando estamos reunidas, es para darse a respetar.

—No, ella con Héctor conversa, se ríe y lo ve con cariño; a Pablo no, apenas le sonríe en la punta de los labios, y casi nunca lo ve de frente.

—Bueno, bueno —dijo Teonila, batiendo las manos con alegría—, ¿como que estás celosa? No seas necia, ni Pablo es tu marido, ni Héctor lo es mío, deja andar las cosas; no te eches a morir, mientras tanto ven para que te diviertas que traigo material para ello.

—Tú siempre estás dispuesta a reír y divertirte, Teonila.

—Claro está, ¿voy a ponerme a morir por lo que puede venir? Jamás, eso sería torpeza.

—Es verdad, pero yo me asusto de todo.

—Deja pues, tu cobardía a un lado.

Teonila sacó de su faltriquera una carta y dijo riendo a su hermana:

—He aquí algo que nos va a divertir.

—¿Una carta?, ¿de quién es? —dijo Alicia.

—De aquel elegante trigueño, que ahonda la calle pasando, montado en su caballo rucio.

—¿De Arturo Montel?, ¿es para ti?

—Lo creí así cuando me la dio el negrito; pero después que la abrí vi que era para ti.

—¿Para mí?, has debido devolver esa carta Teonila.

—¿Devolverla, y por qué?

—Puede saberlo Querales —dijo Alicia trémula.

—Vaya Querales donde quiera, ¿por qué lo va a saber?, ni tú ni yo debemos decirlo, pero oye:

> Señorita Alicia:
>
> Desde que la conocí, el amor ha invadido mi corazón. Sí señorita, yo la amo a usted con locura y creo que este amor no se extinguirá jamás; dígame si puedo tener esperanzas de ser correspondido para pedir a los padres de usted su mano por la que amo con delirio.
>
> Arturo Montel

—Debe ser comerciante —dijo Teonila riendo con toda gana—; qué lacónica…

—Eres una loquilla —dijo Alicia sonriendo.

—Si fuera poeta, qué de flores, qué de perfumes, qué de belleza diría, pero los comerciantes son prosaicos, se van al grano.

—Ese es un error —dijo Alicia, riendo a su vez—, esos hombres son positivistas, en los poetas todo es humo de paja.

—Así como los soldados, todo se vuelve guerra, sangre, amenazas…

—Y como tu Héctor es poeta te idealiza.

—Es verdad —dijo Teonila lanzando un hondo suspiro—, ¡cuántas cosas divinas me dice, y cuánto gozo leyéndolas!

—¿Y cuándo se casa tu soñador amante?, un prosaico ya lo habría hecho.

—Cuando Dios quiera, porque él es pobre, pero muy honrado y trabajador.

—Eso es raro en los poetas porque regularmente dejan de trabajar para entregarse a sus fantasías.

—Pero él no es así, él dedica las horas de descanso que tiene, para soñar con su bello ideal que soy yo.

—Para los poetas todo son ideales.

—Puede ser, pero me retiro porque tengo algo en qué ocuparme.

—Dime querida hermanita ¿no me das esa carta para romperla?

—No puedo darla, esta la voy a guardar para aumentar el número de las tuyas y mías que tengo.

—Mira que no es bueno guardar esos papeles.

—¿Y por qué?, si fueran de nosotras para ellos pase, pero de ellos, eso no tiene nada.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación con paso apresurado. Alicia vio alejarse a Teonila sonriendo y luego murmuró con amorosa ternura:

—¡Dios mío! ¡Cuánto amo a mi buena hermanita!

Capítulo VI

Rita y su hijo

Todo se arreglaba con afán para el enlace de Querales con Alicia; éste hubiera querido terminar los preparativos con el pensamiento, tanto era su deseo de casarse.

Una tarde, Berta recibió una carta que con sumo interés le trajo una mujer, la carta era de una excelente negra que había sido criada de su madre y que ella quería mucho, decía así:

> Querida niña Berta:
> Me encuentro mala en cama, y moriré por falta de recursos porque soy sola y no puedo trabajar. Los caritativos vecinos hacen algo por mí pero eso no basta; además quiero confiar a usted un secreto para, si llega la muerte, morir tranquila. Usted es muy buena y sé que vendrá, y entonces conocerá mi secreto y la desgracia de su pobre negra.
>
> Rita

—¡Pobre infeliz! Dígale usted que pronto iré.

En efecto, una hora después se dirigió con el bolsillo bien provisto para la casa de Rita.

Cuando la pobre enferma la vio entrar, no pudo contener un grito de alegría; estaba pálida, demacrada y nerviosa.

Berta se dirigió al lecho y le dijo con el mayor cariño:

—¿Qué tienes?, ¿qué sufres? Pobrecita, estás muy quebrantada…

—Me siento morir, gracias porque usted ha venido ¡cuánto la necesitaba!

—Tú tienes la culpa de no estar a mi lado, siempre te he dicho que te vayas a mi casa, allí nada te faltará.

—Sí, es verdad, usted recordará que la última vez que la vi le ofrecí irme dentro de tres días.

—Pero no fuiste, si lo hubieras hecho, no te verías en este estado.

—Es cierto, la víspera en la noche de ir para allá, cuando todo lo tenía arreglado, se me presentó un inconveniente que le repito que es mi secreto, niña.

La pobre negra rompió en amargo llanto.

—Pero después pudiste hacerlo, vamos termina el llanto, mejórate y te irás a mi casa.

—Entonces me fue imposible; hoy, lo mismo, porque tengo siempre el inconveniente que le repito que es mi secreto.

—Es verdad, tú me ofreces decírmelo, veamos cuál es, mi pobre Rita, tu secreto.

—Usted recordará, que un día vino un muchacho y me dijo que su general le había dicho que Pedro había muerto de calentura, que si me veía que me diera la noticia.

—Sí, lo recuerdo, porque yo sentí también mucho a Pedro.

—Yo voy a depositar en su seno mi secreto, para rogarle, que en todo y por todo, haga con Pedro lo que yo he hecho ¿me lo ofrece usted, niña Berta?

Berta fijó su cariñosa mirada en la pobre mujer, y temió que la debilidad hubiera extraviado sus ideas, Rita repitió en tono de ruego.

—¿Me lo ofrece usted? Hágalo por sus dos ángeles: Alicia y Teonila.

—Bien, sí —dijo Berta para tranquilizarla, porque ella sabía por ella misma, que su hijo había muerto.

—Pues bien, oíd mi secreto: Pedro no ha muerto.

—¡No ha muerto!, cuánto me alegro, ¿y ese placer, esa gran impresión te ha enfermado?

—No es la alegría, el placer no mata, el dolor sí, la ansiedad, el sobresalto en que vivo me tiene así y me matará.

—¿Y sobresalto por qué?

—Porque lo tengo aquí escondido desde entonces.

—¿Escondido?, por qué?, la guerra ha terminado.

—¡Ay!, para mi pobre hijo no, porque al salir lo matan.

—¿Que lo matan? —dijo Berta admirada.

—Sí señora, porque existen hombres muy criminales en el mundo, y si ese lo ve, lo hace matar sin remedio ni apelación.

—¿Pero qué motivo tiene ese hombre para odiar de ese modo al pobre muchacho?, pues todavía no tiene veinte años.

—Porque mi Pedro vive, es el motivo. Él lo dejó por muerto con dos tiros que le asestó.

—¿Y por qué ustedes no han hecho conocer ese crimen a la justicia? A menos que Pedro le hubiera hecho algo grave.

—¡Pedro hacerle a él algo! No niña, mi pobre hijo es tan honrado, tan bueno, que ni a las moscas ofende.

—Y entonces, ¿lo hizo por placer?

—No, lo hizo porque Pedro es el único que conoce su maldad y su horrible crimen, y matándolo, quedará éste sepultado y no mientras Pedro viva, teme que pueda decir algo.

—¿Y ese hombre está en Caracas?

—Sí, señora, y ocupa un puesto honroso en el Gobierno, todo el mundo lo acata y estima por su posición.

—Pero sea lo que sea, es un criminal que debe ser delatado para que lo castiguen.

—Si tal se hiciera, él triunfaría, y mi Pedro sería el Cristo.

—¿Y no puedes decirme su nombre para guardarme de él?

—No señora, yo y mi hijo juramos al pie del Cristo no decir su nombre para que él no se acuerde de nosotros.

—Bien, respetaré tu juramento, no lo nombraremos, pero dime algo del crimen, para saber si vuestro temor es exagerado.

—Pedro, ven, la señora de Santelmo quiere saber algo de la causa de nuestra desgracia.

Pedro entró y saludó respetuosamente a Berta, representaba a lo sumo veinte años, era de color claro, pelo, liso ondeado y negro, como eran sus cejas; su fisonomía era franca y despejada, su mirada expansiva y serena, su conjunto atractivo.

—Pedro —le dijo Berta con dulzura—, ¿es cierto lo que me dice tu madre?, ¿que tienes un enemigo poderoso que desea matarte?

—Tan cierto, señora, que si llega a descubrirme, mi muerte es tan segura como que el sol debe ocultarse en la tarde y alumbrar en la mañana.

—Pero ¿qué ofensa le has hecho para odiarte así?

—¿Ofensa? —dijo Pedro dejando asomar a sus labios amarga y triste sonrisa—. ¿Ofensa? ¡Ah, señora!, permitidme que os lo diga, ni con el pensamiento, y si lo he hecho no habrá sido por mi voluntad.

—Pero descubre un poco el velo de este misterio para poder darte un consejo y hacer algo, porque a ciegas, nada puedo hacer por ti ni por tu madre, que ves enferma.

—Es verdad, señora —y volviéndose a su madre le dijo—: voy a contarle la historia, callando los nombres, para que conozca bien mi triste situación.

—Sí, cuéntala, pero no nombres a nadie, acuérdate del juramento; el Cristo que está enfrente de ti te ve y te oye. El sacrilegio es un delito muy feo. Conformaos señora, con saberlo, y no tratéis de averiguar el nombre de ese hombre.

—Está bien —dijo—, nada preguntaré.

—Los soldados, señora —dijo Pedro con tristeza—, no son hombres, son máquinas, ¡poder del despotismo de la disciplina militar! Son máquinas, repito, que se mueven según la voluntad de sus jefes. Un pobre soldado puede tener entre sus compañeros un camarada, un amigo del corazón, un hermano de armas; y si a sus jefes, por esta o aquella razón, se les antoja fusilarlo, y él es nombrado o le ha caído en suerte de ser uno de los que deban ejecutar tan bárbara orden, no le queda más recurso que tender el chopo, alzar y dejar caer el gato, y ver caer muerto con su propia arma al amigo, por quien hubiera dado su vida. ¡Triste suerte la del mísero soldado! Yo servía en un batallón de las fuerzas del Gobierno de entonces que era el de Páez. Un día, el Coronel de mi regimiento me llamó y me dijo: "Pedro, te voy a tomar como asistente, desde este momento puedes quedarte". Estuve a su servicio muchos meses, me trataba bien, y

yo le servía con mucho interés, para no disgustarlo. Una tarde me llamó y me dijo: "Voy para Caracas, salgo esta noche, arregla todo para irnos". Salté de alegría, iba a ver a mi madre…

»Llegamos, su esposa era una niña de apenas dieciocho años; era suave, dulce, cariñosa y bella, bellísima, me parecía la imagen de María. Un día me llamó y me dijo dulcemente:

»—Pedro, yo sé que tu madre es muy buena, y que es excelente cocinera.

»—Sí, señora, es verdad, mi madre sabe bien ese oficio.

»—Bien, Pedro hazme el servicio de conquistarla para que venga a casa, la necesito mucho, la que tengo no sirve, tú lo sabes.

»Dos días después estaba mi madre en casa del Coronel, y pocos días después, nos volvimos al campamento. La guerra era cada día más fuerte; la vida la pasamos en esos meses, peleando aquí, corriendo allá… aquello era un desastre perpetuo. Nos íbamos debilitando con esa vida. Una tarde, en el mes de enero, me dijo el Coronel: "Pedro, arregla el equipaje, pero de prisa, voy con parte de las fuerzas para Caracas". Yo di un grito de alegría.

»Por la tarde salimos para acá, anduvimos a trote largo, y dos días después, a las cinco de la tarde, entramos a Caracas. Después que salimos de la Comandancia de Armas, nos dirigimos a su casa, anochecía.

Pedro, inclinándose hasta Berta, le refirió en voz baja una historia que ella según su expresión y ademanes oía horrorizada; al terminar Pedro, ella exclamó:

—Es un crimen ocultar el nombre de un hombre tan infame ¿cómo es posible que exista, entre los seres honrados un criminal semejante? Tú debes presentarte al Gobierno, pedirle garantías y después delatar delito tan espantoso.

—Señora, no parece que usted tiene experiencia, ¿sabe usted lo que sucedería si yo diese ese paso? Mi eterna desgracia… Yo aunque joven, casi un niño, en los dos años y medio que llevo oculto unas veces, y sobresaltado cuando suelo salir de noche otras, yo he criado tanta experiencia, que parezco ya un viejo de setenta años.

—¿Y crees tú que no se asombren al saber tal hecho, y que castiguen al criminal? Sí, Pedro, lo condenarán.

—No lo condenarán, señora. Él tiene a su favor dinero, influjo, grados, posición, y siempre saldría airoso; y a mí, cuando no me

hagan nada, descubierto por él vivo, y dado que mi pecho es el depositario de sus crímenes, me delata como desertor, me hace coger y muero en la flagelación.

—¡Dios eterno!, eso es horrible, eso no sucederá, Pedro; porque si tal cosa hicieran, sería una injusticia infame.

—Su excelente corazón le hace olvidar, señora, que yo soy un infeliz del pueblo, y que estos desgraciados no tienen más recompensa para el soldado, después de cargar el fusil, exponer su vida, verter su sangre, vivir errante, casi desnudo y muerto de hambre, que el menosprecio, y el último puesto en la sociedad; estos desgraciados no son sino la escalinata que escala el poderoso, sea bueno sea malvado, el cual al llegar a la cúspide que deseaba, le da con el pie para que caiga al suelo, sin acordarse más que fue con la que subió allí, y que sin esa escalinata no habría conquistado el poder.

—Pedro, eso es cruel… No lo digas, eso no es creíble.

—¡No es creíble! ¡No es creíble! ¡Ay, señora! Si yo me presento y delato al Coronel, refiriéndoles el hecho, me pedirán pruebas, yo les daré las marcas de mis heridas; y para probar el otro hecho… en esas idas y venidas, el jefe mío que es poderoso, gasta, se empeña, y prueba al fin que es falso, y los jueces callan y se dejan engañar, aunque la conciencia les diga que yo no miento, porque por medio del otro que es de buena posición, pueden ellos también subir muy alto, y no ven en mí sino un átomo del pueblo, sin recordar que compongo una parte de la escalinata que han escalado.

—Pobre Pedro, el encierro y la desgracia te han hecho que seas escéptico.

—Sí, lo seré, pero no puedo olvidar el entusiasmo con que yo cogí el fusil la primera vez; usted me ve joven, casi imberbe, pues yo he peleado mucho, señora, halagado por la idea de vestir el uniforme y ser cuando menos Comandante, pero pronto conocí que lo que hace subir no son los sacrificios, es el favoritismo; comprendí que el infeliz del pueblo vale menos que el gato del rico, y me desencanté: por eso he resuelto que al curarse mi madre se vaya a la casa de usted, y si enfermase de dolor me la cuide, y si muriere me la enterrare.

Al pronunciar estas palabras, rompió a llorar como un niño; Rita lloraba con él, Berta lloraba con los dos.

—Pedro, enferma como está tu madre, la llevo a mi casa contigo, tú cuidarás el jardín de Santelmo, él desea tener quien lo haga,

y tu madre se repondrá allá. Vamos, arregla todo y mándalo a casa, busca un coche cerrado, metes a tu madre y la llevas en él lo más pronto posible. Aquí hay dinero para todo, con él se abrevian las cosas. Me voy a esperarlos.

Pedro, con la mayor brevedad hizo, su traslado a casa de Berta; ésta le tenía preparada a Rita una confortable habitación, llamó a un médico y procedió a la asistencia de ella con la ternura de una madre. Alicia y Teonila la ayudaban con el mayor interés, y pronto la buena mujer se vio en disposición de levantarse, aunque muy débil.

Pedro cultivaba el jardín de Santelmo, no salía a la calle para nada, las noches las pasaba leyendo.

Capítulo VII

Rita habla

Una mañana Querales llegó solicitado por Santelmo, un sirviente lo condujo hasta la habitación de él que lo recibió cariñosamente, y haciéndole sentar le preguntó:

—Vamos, decid, ¿qué ocurre, a qué venís tan temprano?

—Lo mismo querido amigo, que me desespero y deliro por ser el esposo de Alicia.

—No desesperéis que andando al fin llegamos.

—Pero cuando queremos llegar presto corremos —dijo riendo Querales.

—Eso quiere decir que deseáis correr.

—Sin duda, y he venido para de acuerdo con usted realizar mi enlace lo más presto.

—Pero falta poco para llegar al día fijado.

—Es verdad, pero mientras más pronto se hacen las cosas, mejor resultado dan, yo lo creo así.

—Si esa es tu voluntad hijo mío, hazlo cuando a bien lo tengas, ella es tu prometida.

—Bien, esta tarde traeré al sacerdote que ha de ver voluntades, para proceder a los esponsales.

—¿Y por qué no las dispensas?

—Porque dicen que no hace quince días que dieron el decreto de no dispensarlas, y que a las personas notables no deben dispensárselas porque después murmura el pueblo.

—Pues no hay más que someterse a la ley.

—Bien, pues ya de acuerdo podré venir en la tarde a eso —y despidiéndose, salió de la habitación de Santelmo.

Cuando se retiró Querales, Santelmo le hizo presente a la familia la causa de su visita matinal.

Reunidas Berta y sus dos hijas, trataron de ir pensando la manera de arreglarlo todo con la mayor suntuosidad.

—Sí —decía la simpática Teonila—, yo quiero que para ese día todo sea suntuoso, regio, sí; lo quiero, porque ese día se corona la felicidad de mi querida hermana.

—Tienes razón —dijo Berta, tratando de sonreír; pero sus ojos estaban brillantes por las lágrimas detenidas en ellos.

—¡Cuánto siento —dijo Alicia con acento triste— que Héctor no realice su matrimonio junto con el mío…! ¡Cuán grato sería, vernos a las dos vestidas con las galas de desposada!, mi felicidad no tendría igual.

—No te aflijas por eso hermana mía, si no es hoy, será mas adelante que las vista, y además ¿cómo dejar las dos, en un solo momento, a nuestra tierna madre sola? Eso no sería justo.

—Es verdad, ¿pero no dice Héctor cuándo se casa?

—Él es pobre, pero sumamente honrado, tiene quince años de dependiente de una casa de comercio, y ya tiene parte en tercera de las utilidades, piensa arreglarlo poco a poco, para hacerlo a fines de año. Cuando entró a esa casa era infeliz, hoy ya tiene capital ganado con su trabajo —dijo Berta.

—¿Y por qué Héctor y su madre son tan pobres? Toda su familia es riquísima, y su padre era hermano de esas ricachas.

—¿Por qué hija mía?, porque los vicios en el hombre son la gangrena, que primero roe el caudal, después el sentimiento, la moral, la vergüenza, y por último la honra.

—¿Y su padre?

—Era un vicioso incorregible, que después de pasar a saltos todo lo que te enumero, después de esprimir hasta secar su corazón y de corromper el alma hasta estinguir el sentimiento, terminó todos sus vicios, con el vil de la embriaguez.

—¡Qué horror! Es sorprendente que el hijo de semejante hombre sea tan virtuoso, tan honrado, tan noble y bueno como es Héctor.

—Los desgraciados hijos de los hombres viciosos —dijo Berta—, son siempre así, porque sus desgraciadas madres, sufriendo como sufren las consecuencias de los vicios del padre, se empeñan más en sembrar en sus tiernos corazones la simiente de la virtud y honradez, poniéndoles de relieve las consecuencias de los vicios, puesto que sufren aunque inocentes, las amarguras, las miserias y dolores, que es lo que ellos traen al hogar doméstico; y todo esto unido al más vil y bárbaro trato.

—¡Pero cómo pueden educarlos saboreando tantos dolores…! ¡Dios mío, eso es espantoso!

—Esas infelices madres, con el rostro bañado en lágrimas, con las manos yertas por la miseria, y con el corazón despedazado de dolor, arrullan sus míseros hijos en su seno y les pintan con los más negros colores, y con toda la fuerza de la desesperación, lo horrible que es el juego, la disipación, al corrupción y sobre todo la embriaguez. Aquellos inocentes, impresionados ante aquel elocuente dolor y oyendo más allá las maldiciones e improperios, que en su intemperancia prefiere su criminal padre, se cuelgan del cuello de su infortunada madre, e imprimen horrorizados en sus tiernos corazones las sabias doctrinas que con balbuciente labio les enseña su buena madre…

—Qué horroroso cuadro, madre mía, me hacéis temblar.

—Es verdad, hija mía, debes tener temor, porque vas a salir de mis brazos ignorando si más tarde te toca tan triste suerte.

—Yo veo eso imposible, madre mía, porque creo a Querales sin ninguno de esos vicios, ¡me parece tan bueno!

—Asimismo engañada se casó la madre de Héctor, ella lo amaba porque supo conquistar su noble corazón, y llena de ilusiones se casó con él creyendo ser muy feliz, pero presto, muy presto midió su desgracia. No te pongas pálida y asustada; es preciso que te convenzas de que el matrimonio es como la lotería, que se juega a la suerte y a muy pocos les toca el premio; rara, muy rara será la que le toque

esa suerte, porque por bueno que sea el matrimonio tiene siempre negras nubes.

—Tú me das miedo con eso, mamá, pero yo espero que Querales será tan bueno como papá que no te ha dado disgustos.

Berta no contestó, pero una triste sonrisa asomó a sus labios. En ese momento entró en el salón un sirviente muy asustado diciendo a Berta:

—Señora, señora, corra usted, Rita ha muerto.

—¡Qué dices! —dijo Berta saliendo seguida de sus hijas a ver si era cierto.

Cuando llegaron a la habitación de Rita la encontraron tendida en el suelo sin movimiento y fría.

En ese instante llegó Pedro y loco de dolor la alzó con sus robustos brazos y dijo desesperado:

—¡Madre mía! —y la puso en el lecho.

Berta colocó su mano en el corazón de Rita.

—Vamos —dijo—, nada temas, es sólo un desmayo provenido de su estado de debilidad.

Todos le tributaron los más tiernos y eficaces cuidados hasta que al fin volvió de su desmayo diciendo como loca:

—Delia… Delia… ven, ven con Roberto.

—Madre —dijo Pedro poniéndose densamente pálido—, madre, ¡por piedad!

—Sacrilegio… ingratitud… —dijo la pobre enferma.

—Tranquilizaos —dijo Berta pasando su mano cariñosamente por la rizada cabeza de Rita—, estaos quieta, tranquilizaos…

—Sacrilegio… ingratitud —repitió y se cubrió la cara con las manos.

Todos se vieron temiendo que estuviera loca.

En ese momento, entró una sirvienta trayendo una tasa de caldo que le habían pedido. Alicia la tomó y echándole un poco de vino, se la presentó a Rita diciéndole con cariñoso acento:

—Tomad, Rita, bebed, este caldo os repondrá —y la niña le acercó la tasa a los labios.

Rita fijó su extraviada mirada en ella, y luego dijo:

—No, es preciso, es preciso… —y rompió en llanto diciendo—: Delia… Delia…

—No llores, bebe para que te pongas buena —dijo entonces Berta.

—Es verdad, debo ponerme buena, necesito curarme —y tomando la tasa se bebió el caldo con avidez en dos sorbos.

—Pobrecita —dijo Alicia cubriéndola hasta la garganta—, ahora duerme un poco que yo velaré tu sueño.

—Tan buena, tan angelical como eres, como ella, como ella… —y cubriéndose la cara rompió en amargo llanto.

Paso a paso se fue tranquilizando y al fin se quedó como dormida; todas se retiraron y Alicia se quedó sentada al lado de la cama, de repente Rita se sentó y dijo a Alicia:

—Quiero hablar con el señor Santelmo.

—Él no está en casa, al venir yo le diré que venga a casa de ti.

—Sí, que venga, entre el sacrilegio y la gratitud que se agitan en mi pecho, triunfa la gratitud.

—Deja esa manía y trata de dormir tranquila —dijo dulcemente Alicia—, te lo ruego.

—No, no puedo tener sosiego hasta que no hable, debo hablar y hablaré, llamad a vuestro padre, llamad a vuestra madre.

Alicia se alejó de la habitación a ver si se tranquilizaba.

Pedro entró a casa de su madre; ésta al verlo lo llamó y atrayéndolo hacia ella, le dijo con angustioso acento:

—Pedro, hijo mío, la gratitud y el deber de salvar esta buena familia, me mandan a hablar, y suceda lo que sucediere, Rita hablará.

—Madre, recuerda que arrodillados al pie del Cristo, con la cruz hecha con nuestros dedos sobre su peaña, hicimos un juramento.

—Sí, lo recuerdo, pero entre el sacrilegio y mi gratitud, triunfa la gratitud ¿sabes por qué? voy a decírtelo…

Y Rita habló algunos instantes en voz baja con su hijo, éste le dijo horrorizado:

—Sí madre, habla, habla, yo también hablaré, es preciso hablar.

—Te lo repito Pedro, Rita hablará cuando llegue el señor Santelmo, haz que vengan todos —y repitió—: hablaré.

En efecto, cuando Santelmo llegó a su casa fue a la habitación de Rita con Berta y sus hijas. Ésta, sentada en la cama las esperaba, Pedro al borde de ella estaba silencioso y pálido, Santelmo se dirigió a Rita y le dijo con tono cariñoso:

—Me dicen que tú deseabas que viniéramos todos, para hablar conmigo, aquí nos tienes, a mí y a ellas, ¿qué quieres decirme?

—Sentáos, mi conversación será muy larga y os cansaréis.

Santelmo se sentó sonriendo, Berta y sus hijas lo imitaron.

—Señor Santelmo —dijo Rita con gravedad—, voy a revelarle un secreto, secreto terrible que pesaría sobre mi conciencia, si no se lo revelase a usted; yo me siento muy enferma, puedo morir y no quiero tener remordimientos.

—Vamos —dijo Santelmo con benevolencia—, di cuanto quieras, pero no temas morirte, tú vivirás más que yo.

Rita se quedó pensativa por algunos instantes; después, alzando de pronto la cabeza, fijó su mirada en Santelmo y le dijo con resolución repentina:

—Si yo os dijese: no dejéis casar a vuestra hija Alicia, ¿desistiréis?

—Según y cómo —dijo Santelmo con dulzura, temiendo que Rita siguiese con su ataque en el cerebro.

—¡Cómo! ¿Lo ponéis en duda, no atenderéis a mi ruego?

—Cálmate Rita —dijo Berta viéndola tan excitada, temiendo también la locura de que había sido atacada por la mañana—, cálmate yo te lo ruego.

—¿Lo haréis señor Santelmo, no la dejaréis casarse?

—Sosegaos, ¡pobre mujer!, ya veremos qué se hace.

—¿Qué se hace? Desistid, de rodillas lo ruego, y tú Alicia, despide ese hombre.

—¡Pobrecita! —dijo la niña parándose para retirarse—. La locura de esta pobre mujer me hace daño, me parece un mal presagio —y se dirigió a la puerta.

Pedro se interpuso ante ella, y le dijo:

—Deteneos, señorita Alicia, sentaos y oíd a mi madre, que ni está loca ni os engaña.

—¡Dios mío! —dijo la pobre niña dejándose caer en la silla—. ¿Pedro, qué decís?

—Que escuche hasta el fin a mi madre, y que bendiga a Dios porque hemos venido aquí.

—¡Pedro! ¡Pedro! —dijo Berta, pálida, temblorosa y jadeante—. Todo lo he adivinado por piedad dime, ¿es él?

—Señora —dijo Rita, que había recobrado su entereza—, él es.

Santelmo se paró, y frunciendo el ceño, dijo con autoridad:

—Qué comedia es la que se representa aquí. ¿Acaso estás tú en ella Berta, para destruir ese matrimonio que por capricho te desagrada?

—Lo que pasa aquí Santelmo es que Dios salva a mi hija, apiadado por mis ruegos. Pedro, Rita, contad vuestra historia, no ocultéis ningún nombre, tened compasión de ella… yo os lo ruego.

—Calmaos señora —dijo Pedro—, si hemos llamado aquí al señor Santelmo, y a toda la familia, era para referírosla, era para salvar a vuestra hija; la gratitud y el amor, que nosotros tenemos por ustedes nos lo impone así, era por eso que mi madre repetía, sacrilegio o ingratitud, porque habíamos hecho un juramento, usted lo sabe, pero triunfa la gratitud.

—Oíd, pues la historia, que es para conocer al criminal más grande que existe.

Pedro empezó a referir la historia, pero yo como novelista, la contaré tal como sucedió.

Capítulo VIII

Historia de Delia Soler

Corría el año de 1859. Venezuela estaba conmovida por las pasiones: el ardor bélico invadía hasta el corazón de las mujeres. El grito de "Viva la Federación", extendía su eco en toda la República, la guerra civil la aniquilaba; nada podía detener sus estragos.

El pueblo venezolano estaba resuelto a sacudir el yugo del centralismo, porque comprendía que era la parodia del colonialismo de antaño.

Hombres desconocidos se alzaban llamándose generales, y esos generales de un día se convertían en héroes. El grito de "Viva la Federación" los unía solidificando sus creencias, lo cual hacía que día por día fuera más potente la revolución.

Los odios eran indeclinables; no se respetaban los lazos de la familia y de la amistad; no existía en el corazón de los hombres sino el amor a su partido; y si una bala hería en el campo enemigo a uno de los seres que debía serle querido, decían sin remordimiento: "Porque formó en las filas contrarias".

¡Horrible consuelo! ¡Triste consecuencia de la guerra civil!, que no es otra cosa que la imagen de la repugnante lucha de los miembros de la familia en el hogar doméstico. ¡Miseria humana!

Tovar, que tuvo las riendas del gobierno, había fallecido. El bastón de mando que Vallenilla arrancó a Castro para ponerlo en sus manos, le fue arrebatado para entregarlo a Gual. La anarquía trataba de tremolar su bandera tomando puesto de preferencia.

Odios, asesinatos, venganzas, crímenes, eran las escenas que se ofrecían a cada paso en tan luctuosa época… La ley, la justicia, la moralidad desaparecían como por encanto. La cuna de Bolívar y de la libertad, se convertía en el osario de su grandiosa obra.

Los hombres sensatos huían de su querida patria buscando refugio en tierra extranjera.

Venezuela, la fértil, la poseedora de inmensas riquezas, se empobrecía insensiblemente.

Los agricultores abandonaban sus campos para tomar el fusil.

El pueblo sentía la miseria y abandonando sus familias iba a engrosar las huestes federales, resuelto a no volver a sus hogares sino victoriosos.

En esa época y en una modesta casa, situada en uno de los barrios más retirados de Caracas, estaba una joven que apenas contaba dieciséis años, con una carta en la mano que leía con interés.

Aquella niña era bella hasta la perfección, poseía esa belleza sorprendente e indescriptible que deja extasiado al que la contempla. Vestía un modesto traje de percal, muy gastado, pero sumamente limpio. Una cinta azul angosta que sujetaba sus abundantísimos rizos de color castaño claro. La humildad de los destruidos muebles, ostentaban la miseria, un ramo de frescas flores colocado en un viejo florero alegraba la humilde mesa. Pero Delia, que así se llamaba aquella niña, embellecía la sala por sí sola. Después de terminar la carta se quedó pensativa, y luego dijo:

—Qué sorpresa, Pablo me anuncia en su carta que lo espere de un momento a otro, que llegará a realizar nuestro matrimonio —luego sonriendo, añadió—: no sé por qué, pero ese anuncio me hace sentir susto en vez de alegría.

Al terminar su monólogo, tocaron en la puerta de entrada. Delia guardó la carta y abrió.

Una señora de cincuenta años entró: era pequeña, blanca y de suave fisonomía que revelaba la bondad; traía en la mano dos envoltorios, uno que parecía de costura, otro de comestibles. Delia se los quitó y poniéndolos en la mesa, dijo con cariño:

—Pobre Justina, qué cansada llegas, ¿pesan mucho esos envoltorios?, estás fatigada, agitada.

—Me estoy muriendo; y es de las penas y angustias que tengo —dijo la anciana.

—Pobre amiga mía, ya descansarás: Pablo me escribe, me dice que viene pronto a realizar el matrimonio. Entonces no cargarás, y serás muy feliz, te lo ofrezco.

—¡Ay, hija! No es el bojote lo que me agita, siempre lo cargo.

—¿Y por qué estás disgustada y fatigada?, dime qué tienes, dime qué traes.

—Traigo el alma en ascuas, creo volverme loca.

—¿En ascuas?, ¿por qué? —dijo Delia con interés.

—Porque te traigo noticias de tu hermano Roberto —dijo Justina con amargo acento.

—¿De veras?, ¿dónde está, qué dice? Te noto algo extraña, Justina.

—¡Extraña!, muerta debiera estar —dijo la anciana enternecida.

—Habla, por Dios, estás muy conmovida.

—¿Cómo no estarlo, si sé lo peor que se puede saber? ¡Ay, hija! Tu hermano es un loco.

—Me asustas; di pronto lo que sabes, querida Justina.

—Qué voy a saber, que nos ha engañado sin remordimiento. Créelo, Delia, hoy bendigo a Dios porque se han muerto tus padres, porque a no ser así, serían capaces de volverse locos con las cosas de Roberto.

—Pero di, que me tienes en una horrible ansiedad.

—Pues entérate de una vez, Roberto está con los federales.

—¿Con los federales? ¡Dios mío!

—Sin que te quede duda.

—¿Quién te ha dado esa noticia?

—Pascual, el hijo de Joaquina que vino de por allá, me dice que está contentísimo, y muy lleno de esperanzas, dedúcelo por el recado que trajo.

—¿De Roberto? ¿Qué mandó a decir?

—Cosas de un loco como él, oye: "Dile a Delia y a Justina que cuando yo llegue allá, van a tener todo lo que apetezcan, que eso será muy pronto, que saldrán de ahogos, que tendrán dinero para tirar por la ventana" y otras mil locuras de esa especie.

—Pobre Roberto, quizá por tener que darnos todo eso, se ha ido para la guerra.

—Bien necio sería si ha soñado con villas y castillos, con el producto de la guerra, ya lo verá por sus ojos que ella sólo trae disgustos y por complemento la muerte.

—¿Y por qué nos mintió diciendo que iba al Tuy a un negocio con un señor?

—Pretexto para irse sin que lo importunáramos con nuestros consejos y nuestras lágrimas.

—¡Qué locura!, ¡pobre hermano mío!

—¡Locura!, es que no tiene corazón, poder salir por esa puerta, sin decir adiós siquiera.

—Es verdad, ese niño no puede medir lo mal que ha obrado con su ida a los grupos federales, hoy más que nunca me aflige la locura de Roberto.

—¿Y por qué hoy más que antes? Ahora y siempre él será tu hermano.

—Es verdad, pero Pablo forma en las filas del centralismo, mientras él forma en las federales.

—Esa es la consecuencia de la guerra civil, unos pelean aquí, otros allá, sin recordar los lazos de la familia y de la amistad.

—¡Qué horror, Dios mío! ¿Qué haré?

—Esperar, que cuando se acabe la guerra serán otra vez amigos.

—Eso me parece imposible.

—Imposible, deja correr las cosas y el tiempo, y verás que es así.

—Voy a escribir a Pablo que deje el matrimonio para después, que espere.

—¿El matrimonio? Es verdad, como que te oí algo sobre eso cuando entré.

—Sí, aquí tengo una carta que me dice que viene antes de un mes a realizarlo.

—¿De cierto, te dice eso?

—Sí, oye la carta —y Delia se la leyó.

—Lo celebro, porque dejaremos de ser dos mujeres solas y sin recursos.

—A mí no me alegra, y voy a escribirle a Pablo que no venga, que espere a que termine la guerra.

—Buen disparate cometerías si hicieras tal cosa.

—No, yo no me casaré por nada ahora.

—Pues entiende que a los hombres no se les dice "déjalo para después" cuando se quieren casar, porque se corre el peligro de que se arrepientan.

—Yo no creo eso, si realmente aman, al fin se casan.

—Pues yo conozco a muchas que por andar con melindres y monadas, se han quedado para vestir santos.

—Pero yo no debo casarme hasta que no venga mi hermano.

—¿Por qué?, ¿va a ser padrino?

—No, pero siendo los dos de opiniones contrarias, es mi deber evitar lo que pueda suceder.

—No se le dice a Pablo que Roberto está con los federales en la revolución.

—Eso es peor; Pablo no conoce a Roberto porque éste estaba en La Guaira, y cuando vino, Pablo estaba en su campamento.

—Tanto mejor si no se conocen.

—¡Mejor!, pueden tener un encuentro donde muera uno de los dos, y siendo Pablo mi esposo ya serían hermanos, y eso sería horrible.

—Eso es eventual, ¿por qué esa casualidad?

—¿Y si Pablo pregunta por Roberto?

—Se le dice lo que él dijo, que está en el Tuy con un señor.

—¡Engañar al hombre que va a ser mi marido! Jamás, prefiero decirle la verdad.

—¿Has olvidado el odio que le tiene Pablo a los federales?

—Pero como Roberto es mi hermano no puede odiarlo, a pesar del encono que guarda a ese partido.

—Le he oído decir, que si a su padre lo encuentra en las filas enemigas, a su padre quita de en medio.

—Eso es charla, él no hace eso.

—Mejor es precaver, dile más bien que no sabes de él.

—Prefiero no casarme y no lo haré.

—¿Lo dices de cierto? —dijo Justina viéndola fijamente.

—Sí, porque no podría estar serena diciéndole una falsedad, la turbación me vendería.

Justina guardó por algunos momentos silencio, luego dijo con tristeza:

—¿Tú no sientes lo precario de nuestra situación hija mía?

—La siento por ti, mi buena Justina, por mí no.

—Creo que no debe detenerte esa bagatela.

—¡Bagatela! ¿Lo crees tú así?

—Sin duda, porque hoy no contamos ni con lo que ganaba tu hermano.

—Coseré día y noche, para que no haga falta.

—¿Coserás, hija mía?

—Sí, lo prefiero a casarme engañando a Pablo.

—La costura escasea y sabe Dios lo que me costó conseguir la que traigo hoy.

—Dios es grande y no nos abandonará.

—No lo dudo, pero se pondrá todo tan tirante, que el día vendrá en que no se consiga ni un grano de arroz.

—¡Jesús, Justina!, eso es imposible, tal cosa no sucederá.

—¡Imposible! —dijo la anciana dejando correr las lágrimas harto contenidas—, ¿imposible?, ay hija mía.

—¿Y lloras, Justina, por eso?

—Sí, lloro, busca tus zarcillos de coral, busca las peochas que me regaló tu madre, para que te convenzas que todo es posible.

—¿Y qué se han hecho, mi querida Justina?

—Con el producto de su venta hemos llenado nuestras necesidades algunos días, porque no alcanza la costura.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?, yo creía que bastaba con lo que ganaba.

—¡Pobre Delia! El trabajo de la mujer es mísero, para poco alcanza, con lo que traigo hoy se han concluido las costuras y por cierto que traigo bien poco —y la buena anciana dio rienda al llanto que la ahogaba.

—¿Y lloras por eso? —dijo Delia riendo forzadamente—, vamos, enjuga el llanto, coceré mucho para ganar bastante.

—¿Y qué coces? ¿Dónde consigo costura? En las tiendas que me daban, dicen que no cortan más, porque no venden; que una vez que se acabe la guerra, empezarán de nuevo. Y por cierto que será larga la espera, porque la guerra durará mucho y los pobres morimos de hambre.

Delia inclinó la cabeza y se quedó pensativa.

—¿Callas? —dijo Justina—, eso me revela que conoces lo justo de mis razones.

—¡Morir tú de hambre o engañar a Pablo…! ¡Qué lucha! —dijo Delia a media voz.

—Hija mía —dijo la anciana—, cesen tus dudas, deja que él realice el matrimonio, que te ofrezco ser yo la que diga lo de Roberto, y siendo así no tienes por qué tener escrúpulos.

—¡Sufro mucho para resolverme a mentirle! Cuántas veces me has dicho cuando me das consejos: "La lealtad es el primer ornato de la mujer; ay de aquellas que desechen ese camino!", y hoy ¿me aconsejas la mentira?

—Pero esta es una mentira inocente, que a nadie daña y nos será provechosa.

—¡Inocente!, ¿lo crees tú así?, pues yo no, y siento el rubor en mis mejillas con sólo pensarlo.

—Pues no te cases, pero prevente para sufrir con paciencia las escaceses que nos esperan; que por cierto serán horribles como está la guerra, pero yo tengo la esperanza de descansar pronto con la muerte.

Delia bajó la cabeza y se quedó pensativa; al fin dijo:

—En fin, Justina, haré lo que quieras, me es doloroso verte pasar más miserias por mi delicadeza, harto has sufrido y sufres por nosotros.

—¡Calla!, no vengas a hablar de eso… Ni tampoco te conturbes como estás… oye hija mía, no te arrepientas más adelante.

—He dicho que haré lo que tú quieras.

—¡Gracias Dios mío! —dijo la anciana alzando las manos y los ojos al cielo.

—Al fin te veré como yo deseo. Deja venir las cosas como lleguen, que todo es obra de la Providencia.

—Sí, es de la Providencia, pero yo no comprendo cómo ella me casa con Pablo: ¡Dios mío tengo miedo!, mucho miedo.

—¿Miedo?, ese lo sienten todas cuando llega ese momento y tienen razón, el matrimonio es cosa seria.

—¡Cuánto voy a sentir dejar esta vida dulce y tranquila que disfruto en este mísero hogar…! ¡Cuánto mi tranquila soledad!

—No hables así, hija mía, ¿cómo te va a agradar más esta vida miserable que llevamos, que la vida que te dará Pablo? Eso lo dices porque no has conocido los placeres que ofrecen las riquezas…

—Las riquezas… las riquezas… —dijo Delia.

—Sí, tú no has podido comprender lo que me aflige, verte tan linda y tan pobre y escasamente vestida; y no debes dudarlo porque los quiero a los dos, como si fueran mis hijos.

—Es cierto, mi buena Justina —dijo Delia enternecida—, con nosotros has tenido siempre la ternura de una buena madre.

—Debo hacerlo así, porque os he arrullado en mis brazos a la par de vuestra madre; y porque ella al morir me dijo estas palabras que no olvidaré jamás: "Justina, muero tranquila porque sé que contigo mis hijos no quedan huérfanos, no me los abandones nunca".

Y la noble anciana lloraba a torrentes, al recordar aquellas palabras.

—Gracias, gracias —dijo Delia, estrechándola en sus brazos—. Tú has cumplido tu encargo en demasía y yo te ofrezco hacerte dulces y tranquilos tus últimos días.

—Jesús, muchacha —dijo la excelente mujer tratando de contener su llanto—, déjate de promesas, harto recompensada estoy. Ustedes para mí son dos ángeles y si Roberto no se hubiera ido sin decírmelo, nada tendría que sufrir. ¡Dios mío! —exclamó alzando sus llorosos ojos al cielo—, ¡ten misericordia de él!

Delia, enternecida, le enjugó las lágrimas cubriéndola de besos con la mayor ternura.

La buena anciana al influjo de sus caricias recobró poco a poco su tranquilidad y Delia le ofreció esperar los acontecimientos sin oponerse a nada.

Pero digamos algo sobre los padres de Roberto y Delia.

Pedro Soler, el padre de ellos, era dependiente de una casa de comercio de las más fuertes de Caracas. El producto de su trabajo le daba lo suficiente para sostener a su esposa e hijos.

Malvina Miller, que así se llamaba su esposa, no ambicionó sino el dulce sosiego de su hogar y por su dulzura era querida por todos.

Soler era muy feliz, pero tenía el tormento de no poder hacer economías para dejarles si moría, primero, una vida desahogada; pero no debía suceder así, porque cuando Roberto contaba diez años y Delia siete, murió Malvina.

Después de recibir tan duro golpe, se dedicó al cuido y educación de sus hijos secundado por Justina, parienta de su esposa y que les acompañaba desde su matrimonio y amaba a los niños como una

madre. Siete años después de muerta Malvina, murió Soler quedando Roberto de diecisiete años y Delia de catorce, Justina vendió los ricos muebles que tenían y unido el valor, con una corta cantidad que dejó Soler, les compró a sus queridos huérfanos una casita en uno de los barrios más retirados; instalados en ella, empezaron la tristísima tarea de vivir con el exiguo producto de su trabajo.

Hacía tres años que llevaban aquella mísera vida cuando encontramos a Delia con la carta en la mano, y próxima a ser esposa de Pablo, como ella lo llamaba.

La casualidad hizo que Delia lo conociese y éste al ver a Delia sintió por ella el amor más vehemente. De fuertes pasiones y carácter impetuoso, sus deseos eran ardientes.

La inocente niña le tributaba sincera estimación, admirando al mismo tiempo su gallarda y apuesta figura militar, sin experimentar ese afecto tierno que se arraiga en el alma, desde el instante en que vemos al ser destinado a poseer nuestro verdadero amor.

Pablo le pintaba el suyo con ardientes palabras; el fuego de su mirada al hablarle le hacía bajar la suya casi asustada, porque era la vez primera que llegaban a sus oídos palabras de amor; y las fogosas de Pablo la hacían temblar. La cándida niña no lo amaba, sólo lo estimaba, y sin embargo, él con la potente y constante pintura de su delirante amor, había llegado a dominarla por completo, a fuerza del temor que él le inspiraba.

Pablo, en las protestas de su amor, le ofrecía darse la muerte si ella no lo amaba y consentía en ser su esposa; y ella aterrada le creía, estremeciéndose de horror, con la idea que pudiera matarse, siendo ella involuntariamente la causa de su muerte. Este pensamiento no se apartaba de su imaginación y era esa la causa de que ella, al verlo entrar, se sobresaltase asustada involuntariamente.

Él, entonces, tendiéndole la mano le decía dulcemente:

—¿Os asustáis al verme, Delia mía?

—No, ¿por qué? —decía ella esforzándose por parecer tranquila.

A veces excitado por la fuerza de su vehemente pasión, viendo que Delia no se decidía a ser su esposa, le decía:

—Delia, si tú no me concedes tu amor, moriremos juntos, porque si tú no llegas a ser mía no serás de nadie.

Y sus verdes ojos se clavaban en ella con la fijeza del gato montés.

Ella bajaba sus párpados para esquivar aquella terrífica mirada, y le decía toda temblorosa:

—¡Oh, por Dios!, no habléis así que me asustáis.

—Ofréceme que serás mi esposa, dime que me amas, que aceptas mi acendrado cariño. No me hagas convertir en un criminal.

—¿Criminal?, ¿por qué habéis de ser criminal, Pablo?

—Porque si no soy amado por ti, cometeré cuantos crímenes sea preciso para obtenerlo.

—Esperad, Pablo, esperad, tal vez más adelante puede suceder —decía la tímida niña, turbada y temblorosa—, esperad.

—¿Tiemblas? ¿Te inmutas? ¡Oh, Delia mía!, tú esquivas mi visita, te estremeces, ¿por qué esa agitación? ¿Es amor, bien mío? Habla, por Dios.

—¿Lo sé yo acaso?, pero dejadme, no habléis de eso, dejadme os lo ruego.

—¿Que te deje cuando veo que lo que tú experimentas a mi lado es amor? ¿Que te deje cuando veo el cielo abierto ante mi cándida Delia mía? ¿Por qué resistes, caro bien de mi vida? Habla, estás jadeante, pálida, sudorosa. En tu tímida mirada se ve que el amor se anida en tu corazón; y en tu pureza e inocencia no sabes comprenderlo. Pablo tomó la mano de Delia y la cubrió de besos.

—Pablo, soltadme, tengo miedo, idos, dejadme por Dios, dejadme.

—¿Dejarte, cuando veo que me amas…? ¿Dejarte, cuando la felicidad me ahoga…? Nunca jamás. ¿Dejarte, Delia, cuando la dicha no cabe en mi pecho? ¡Ah!, necesito un desahogo, ¿ves…? estoy llorando —y por sus mejillas se deslizaban dos lágrimas.

—¿Lloráis, de cierto? —dijo Delia admirada—, ¿y por qué lloráis?

—Si no llegaras a ser mi esposa, creo que moriría de amor. ¿Me preguntas por qué lloro? Lloro porque te amo tanto, que al ver tu emoción, al hablarte de mi amor, he comprendido que estoy correspondido, y todo mi ser se exalta y necesito llorar, reír, expandirme Delia mía, y hacerte conocer mis angustias, mis desvelos y dolores derivados de mi ardiente amor; he sufrido y aún sufro mucho, dueña mía.

—Yo no quiero que sufráis, y mucho menos por mi causa; tranquilizaos, yo os lo ruego.

—Dame la seguridad de que serás mía —dijo apoderándose de nuevo de la mano de la niña—. Consiente en ser mi esposa. Sé por fin, amada mía, mi dulce compañera y me harás el hombre más feliz; de lo contrario, o soy desgraciado para siempre o tendré que morir de dolor.

—¿De modo que sólo siendo mi esposo es que seréis feliz? —preguntó.

—Sí, dulce amor mío, sólo así lo seré, de lo contrario, mi muerte es inevitable.

—Pero si yo no sé si os amo, no comprendo si lo que siento al veros es amor, ni tengo quien me lo explique —dijo Delia.

—Dime lo que sientes al verme, no me ocultes nada, explícate, habla por compasión siquiera.

—Cuando os veo entrar, tiemblo asustada, mi corazón palpita, y es tal mi temor y agitación, que me dan deseos de correr para huir de donde estáis. ¿Es esto amor?, y si lo es ¿cómo ser vuestra esposa sintiendo este terror? Por piedad Pablo, explicadme si es que os amo.

—Sí, tú me amas, me amas mi bien, lo veo en tu mirada que se fija en la mía temerosa y turbada, lo veo en los destellos de compasión, que brillan en tus ojos por momentos, en tu agitación, en tu temor, en tus dudas, en fin.

—Yo entendía el amor de otra manera, yo lo creía el idilio del alma.

—¿Cómo entiendes tú el amor? —dijo Pablo fijando en ella su mirada llena de ternura—, ábreme tu corazón que ya es mío, y no me ocultes nada.

—Yo creía —dijo ella—, que a los seres que se aman les sería muy grato el estar juntos; creía que no se debía sentir el sobresalto que siento al veros, sino por el contrario, debía sentirse dulce alegría, creía en fin, que al ver al ser amado no debía uno emocionarse de miedo.

—El amor, mi dulce bien, nos hace experimentar toda clase de emociones; pero tú en tu cándida inocencia no puedes descifrarlas; y esa emoción que sientes al verme la crees susto.

—Puede ser, Pablo, pero…

—Pero no me queda duda: tú me amas, consiente pues en que te llame mi esposa lo más pronto.

—Esperad un poco más, dejadme consultar a Justina que es la madre que tengo.

—No, soy yo el que voy a decírselo todo, y verás vida mía, cómo gano la partida con ella.

En efecto, en el acto habló con Justina a quien ofreció casarse tres meses después.

Pablo era rico, era bien nacido y de buen nombre como valiente, su porvenir sería brillante.

Justina interpretó también el temor de Delia como regla de amor, y enorgullecida con el partido que se le presentaba a su hija adoptiva, fue la aliada de Pablo, desvaneciendo con sus consejos, los temores de la niña, que al fin sucumbió dando su consentimiento, pero ocultando en el fondo de su alma, cierto temor que no podía vencer con sus esfuerzos.

Pablo se fue a su campamento y cumplió su oferta, viniendo tres meses después a coronar su dicha uniéndose en el altar con su adorada Delia.

Ésta recibía las ardientes demostraciones de amor, tierna y agradecida, pero no podía retribuirlas con el mismo ardor, porque ella no lo amaba.

De carácter suave y dulce, su sonrisa y docilidad engañaban a Pablo, haciéndole creer que era dichosa, pero a pesar de eso, sentía en sus horas de amor un vacío que él no se explicaba. Delia era, como dije, dulce, obediente y cariñosa, pero sus caricias carecían del aliciente del amor, eran frías, siendo las de él ardientes y apasionadas, lo cual hizo que invadiese su corazón el malestar y los celos, pensando que ella no lo amaba, y que pudiera por esa causa no serle fiel: era un error, Delia era honrada y su alma estaba nutrida de virtuosas ideas, habría muerto antes que traicionar el honor de su marido, pero éste, arrastrado por su temor y por lo fuerte de su impetuoso carácter, le decía:

—Si tú soñaras serme infiel, en medio de tu sueño, te daría muerte.

Ella fijaba su tranquila mirada en él y sonreía dulcemente diciéndole:

—Eso no puede suceder jamás, ¿por qué esos celos Pablo? ¿Te he dado motivos para ellos?

—Si me los hubieras dado no vivirías ya, tanto te amo, que la sola idea de tu perjurio me espanta.

—No te espantes, Pablo, por sólo un pensamiento, vive cierto que en mi alma no se anidan ruines ideas.

Él, entonces, la llenaba de amorosas caricias, reiterándole sus juramentos.

Pero a pesar de tanto amor y de tantas riquezas, la pobre Delia, cuando se encontraba sola, sentía que involuntariamente las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, sin poder darse cuenta de la causa que se las hacía verter. Otras veces pensaba en su hermano, su corazón se oprimía dolorosamente y lanzaba hondos suspiros.

Y sin embargo, cuando se encontraba sola, respiraba con más libertad y experimentaba cierto bienestar y calma para ella indefinible.

Y era que Pablo la dominaba de tal manera que la infeliz joven se estremecía y temblaba imperceptiblemente, cada vez que le dirigía la palabra.

Lo impetuoso del carácter de Pablo, sus arrebatos, sus celos y amenazas, tenían a la tímida niña aterrada; todo le parecía que lo disgustaba y era esa la causa porque respiraba con libertad al verse sola.

Hacía un año que era esposa de Pablo, un año que echaba de menos su vida de soltera y su humilde hogar, y sobre todo, un año en que echaba de menos su dulce tranquilidad de entonces.

Pablo, vehemente como he dicho en sus pasiones, sentía los celos de una manera volcánica, y en los momentos que hablaba de ellos amedrentaba a la pobre niña con sus amenazas de horribles venganzas, de lenta y mártir muerte, saboreando de antemano el placer que sentiría, lanzando su mirada destellos de ferocidad inaudita. Delia no podía ser feliz, a pesar de tener la abundancia del rico.

En cuanto a Justina, era completamente dichosa, veía a Delia disfrutando de todas las comodidades de la vida y le parecía que con eso bastaba. Sólo tenía el tormento de no saber nada de Roberto.

Pablo fue llamado de nuevo al servicio, su deber le imponía ir porque el gobierno desfallecía, y necesitaba sus jefes; partió para el ejército dejando a Delia con Justina y haciéndole mil amenazas impulsado por su celoso carácter: recomendándole su honra y su amor.

Delia lo vio partir con dolor pensando en que podía llegar el momento de encontrarse con Roberto, a quien Pablo había escrito una larga carta participándole su enlace con Delia.

La correspondencia para con su esposa era muy continuada y ella correspondía siempre con exactitud.

Cuatro meses hacía que Pablo había partido. Delia estaba tranquila porque nunca en sus cartas le hablaba de Roberto, se componían todas de amor, celos, y amenazas en caso de infidelidad. Delia estaba satisfecha de sí misma, vivía tranquila. Un día recibió una carta concebida en estos términos:

Señora Delia S. de Querales
Caracas.

—¡Querales! —dijo Alicia abriendo espantada sus lindos ojos—. ¿El apellido del Pablo de tu historia es Querales?

—Sí, señorita Alicia —dijo Pedro, con rudeza—, aquel Pablo Querales y el que se quiere casar con usted, son la misma persona.

—¿De modo que es casado?

—No señorita, es viudo, pero déjeme terminar.

—Sea lo que sea hija mía, ese hombre no ha obrado con lealtad. No nos ha dicho que ha sido casado; continuad Pedro —dijo Santelmo:

Pedro continuó:

Querida esposa mía:

La casualidad ha hecho que caigan en nuestras manos, unos documentos y un boletín de los revolucionarios; en ellos he tenido el desagrado de ver grandes elogios tributados al valiente capitán Roberto Soler, que no puede ser otro que tu hermano, por su heroico valor en una acción dada en el Tuy.

Tú puedes juzgar cuánto habré sufrido al verlo formar en las filas federales, estando yo en las centrales; eso me explica que la noticia de nuestro enlace no fue de su agrado; y fue a afiliarse allí para arrojarme el guante a la cara.

Tú me conoces ya lo bastante para comprender, que no soy hombre que esquive lances de honor y he jurado por mi espada que si tropiezo con él, será el primero con quien habré de habérmelas, a fin de castigar su infamia y deslealtad.

Cuídate mucho, y sobre todo, Delia mía, no me des motivo nunca a que los celos invadan mi corazón, porque a mí mismo me da miedo.

Te abraza con el alma tu esposo,

Pablo Querales

Delia se aterró con la lectura de aquella carta y se atribuyó la culpa por haberse casado con Pablo ocultándole la verdad, rompió en llanto. La anciana Justina sufrió mucho también. Desde ese momento, aquellas excelentes mujeres vivieron tristes y sobresaltadas.

Justina, débil por su edad, no pudo resistir aquella agitación y se enfermó: ni la asistencia esmerada de Delia y los facultativos pudieron salvarla, y murió legando a su querida Delia sus angustias y dolores, unidas a la tristeza de su pérdida.

Ésta, encerrada en su hogar después de su desgracia, languidecía, entregada a Dios, único que podía mitigar sus penas.

Los días se sucedían uno en pos de otro y Delia, triste y solitaria, abría sobresaltada las cartas que recibía de su esposo, temiendo que en ellas le diera la noticia de que había dado muerte a Roberto. Conocía sus arrebatos y no dudaba que en uno de ellos al verlo en las filas contrarias fuera capaz de hacerlo, porque ¡cuántas veces se estremeció oyéndolo expresarse contra los federales! Había comprendido que cuando le tocaban eso y los celos, como que perdía la razón: en esos momentos sus ideas eran sanguinarias, sus ojos se inyectaban, su pecho se alzaba en agitado movimiento y sus labios proferían horribles amenazas, con los dientes y los puños apretados.

Esto hizo que su tímida esposa le tuviera un miedo cerval y era por eso que en su terror viera como cierta la muerte de su hermano.

Pablo, sin tocarle celos y federales, era suave, amoroso y complaciente; amaba a Delia con un amor que rayaba en el delirio, ella para él era sólo su bien, su sueño, su tesoro, y en la vehemencia de su pasión, le decía, estrechándola en sus brazos:

—Esposa mía, mi Delia, si tú llegaras a serme infiel, no me conformaría con matarte, te haría picadillos con mis dientes. ¡Tanto te amo!

—¡Calla!, calla por Dios, me das miedo. ¿Ves? Tiemblo…

—No me digas que tiemblas, porque me parece que sientes el instinto de cometerme esa falta y de sólo pensarlo me dan deseos de matarte.

Y esa era la causa de estar en continuo sobresalto, porque comprendía que no respetaría a su hermano.

Después de la muerte de Justina, Delia no tenía más compañía que Rita, la madre de Pedro, ésta la quería en extremo y la buena Rita trataba de llenar el vacío de Justina, tributándole tiernos cuidados; Delia la llegó a querer tanto que no se apartaba de ella casi nunca.

Una tarde tocaron a la puerta, Rita fue a abrir, y momentos después llegó precedida de una mujer del pueblo que deseaba hablar con Delia.

—Decid lo que queréis, buena mujer —dijo Delia con dulzura—, me dice Rita que deseáis hablarme.

—Señora —contestó—, tome esta carta que es para usted, la trajo uno de por allá y me exigió se la trajera, y sin esperar contestación se retiró con paso apresurado por donde había venido.

Delia tomó la carta y al ver la letra lanzó un grito, abriéndola con presteza se puso a leerla, decía así:

Querida hermana mía:

Dos años sin vernos y sin saber uno de otro, esto me entristece mucho… Me aseguran que te has casado y que vives con comodidad, eso me consuela algo. Me han dicho también que tu esposo es jefe de los centralistas, eso me hace sufrir también: la sola idea de tener que enfrentarme con él en el campo enemigo, me arredra, porque siendo tu esposo, es mi hermano. ¡Qué horrible es la guerra, hermana mía! Contéstame y dime el nombre de tu marido, pues no lo sé. Yo lo supongo un caballero, puesto que lo amaste y te uniste a él.

Pienso, si no mejoro de la calentura, ir a Caracas a curarme: la paludosa me tiene agobiado. Tengo por esta razón esperanzas de verlos a los dos pronto, porque, aunque la suerte nos haya colocado en dos bandos diferentes, no por eso deja de ser mi cuñado. A la voz con él buscaremos el medio de zanjar la desgracia de vernos separados.

Yo llegaré de incógnito, para que no digan que tengo trato con los federales. Tú misma, hermana mía, no me conocerás. Aquel joven imberbe de mejillas rosadas y redondas, con un escaso bigote y algo bajo de

cuerpo, es hoy, un hombre alto, delgado y amarillo por la fiebre, con una espesa y larga barba, que lo pone desconocido. De lo que era, apenas me quedan algunos rasgos de mi fisonomía, tú y Justina podrán reconocerme, otro no.

Espérame, casi bendigo las calenturas porque ellas me dan la disculpa para volar al lado de ustedes, hermanos míos. Adiós, hasta ese día, un abrazo para ti, otro para él y otro para la buena Justina; con esta os envía su alma vuestro hermano,

Roberto Soler

—¡Dios grande! —exclamó Delia—; al leer Pablo esta carta, verá lo bueno que es mi pobre hermano, y lo que lo quiere —sin poder contener sus lágrimas rompió en llanto.

—¿Qué tenéis señora? —dijo Rita con interés.

—Rita —dijo Delia arrojándose en sus brazos—, oye la carta de mi hermano —y se la leyó.

—Pero esa carta debe alegraros; con ella verá el Coronel lo bueno que es vuestro hermano.

—Sí, tú tienes razón, pero no conoces toda mi desgracia.

—Vamos —dijo la buena Rita—, no lloréis; cuando se tiene vuestra edad, las lágrimas están en los ojos, y tan pronto corren, como se secan, serenaos, tened calma y no os aflijáis tanto.

—¿Que no me aflija?, y si viene Pablo y encuentra a Roberto, es capaz…

—De nada, yo conozco al Coronel; no es más que un bullanguero, pero él no me parece tan malo para que os asustéis así.

—¡Ay!, tú no lo has oído, por eso crees eso.

—¿Que no? Lo escucho, todo lo oigo, los que estamos acá fuera oímos más que los de adentro, porque todo nuestro ser se dispone a escuchar, al sentir una conversación.

—Por lo mismo, tú comprenderás que es justo mi temor.

—No, enseñadle la carta y veréis que todo se pasa.

—Dios lo quiera.

Rita logró serenarla del todo, y ella esperaba se presentase una ocasión para enviar a Pablo la carta de su hermano.

Pasaron muchos días, hacía ya como un mes que Delia había recibido la carta de Roberto, la cual no se la mandaba a Pablo como deseaba, porque no sabía el punto donde se encontraba.

Delia languidecía, sus nervios alterados por su continua agitación la hacían sufrir, y se debilitaba a la posta con su desgana.

Rita se sobresaltó al ver su estado y la instaba a llamar a un médico, pero ella no lo hacía.

Una tarde tocaron con fuerza en la puerta. Rita corrió a abrir, Delia la siguió hasta la puerta de salida, comprimiéndose el corazón; aquel toque la había asustado.

Rita abrió; un hombre la apartó a un lado, entró en el corredor y dijo:

—Al fin, al fin…

Delia, excitada por su estado nervioso, dio un débil grito diciendo:

—¿Qué queréis?, ¿qué buscáis?

—¡Hermana mía! —dijo el recién llegado tomándola en sus brazos y estrechándola contra su corazón con transporte—. ¡Querida Delia mía!

—¡Roberto! ¡Roberto! ¡Hermano mío!

Y su cabeza cayó desfallecida en el hombro de su hermano, mientras su cuerpo se estremecía en convulsión nerviosa.

—Aquí me tienes por muchos días, tal vez para no separarnos más. Pero tiemblas, estás nerviosa, cálmate, ¿mi venida te asusta?

—¡Oh no!, por el contrario, es que estoy débil, nerviosa, ¡sufro tanto!

—¡Sufres!, ¿dónde está tu marido?; acaso él te haga padecer… Aquí estoy yo…

—Sí, sufro porque está hace meses en el ejército y ni aún sé cuándo vendrá.

—Ya lo verás pronto de vuelta, cálmate y no te aflijas tanto.

Delia procuró sonreír para ocultar a su hermano la honda pena que la agitaba.

Al siguiente día fue llamado un facultativo para que curase a Roberto de la fiebre que traía. Delia y Rita lo asistieron con el más tierno interés; y después de quince días de la asistencia de ellas y del facultativo, se sintió mejor y presto entró en convalecencia.

En cuanto a Delia, vivía triste, abatida y llena de sobresalto.

—Querida hermana —decía Roberto—, deseo que venga tu esposo para que se desvanezca tu tristeza: ¿lo amas mucho?

—¿Por qué me dices eso? —contestaba ella con dulce acento—. Yo no estoy triste.

—¿No estás triste y languideces? No eres la Delia que dejé, dulce, alegre, sonriente; por el contrario, vives triste, sobresaltada, nerviosa.

Delia sonrió dulcemente y dejando caer su linda cabeza sobre el pecho, lanzó un hondo suspiro.

—Vamos, hermana mía, disipa esa tristeza; dime, ¿cuándo vas a escribir a tu Pablo?

—¿Y para qué?, ¿para divertirte?

—No, para ponerle una posdata.

—¿Tú?, ¿y qué le vas a escribir?

—Voy a felicitarlo por tu amor para él, que no tiene igual. Pero dime: ¿te ama él tanto como lo amas tú?

—Sí, su amor raya en delirio, me ama más que yo a él.

—¿De veras? Pues entonces loca, ¿a qué esa tristeza y esos nervios?

Delia nada contestó, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Lloras! No temas que lo alcance una bala, el hombre no muere sino el día que le está destinado; alégrate, ríe y espéralo pronto, un secreto instinto me dice que viene.

Delia se estremeció, disimulando con una sonrisa su terror, se separó de su hermano y se encerró en su cuarto, donde después de meditarlo mucho, determinó escribir a su marido, mandarle la carta de Roberto y decirle que había venido. Su carta decía así:

Adorado esposo mío:

¡Cuánto te echo de menos! ¡Qué falta me haces! Seis meses triste, sola y sufriendo en exceso. Hoy tengo que hacerte una petición, la única que te he hecho desde que te conocí; tú lo sabes: jamás he sido exigente, por esa razón, esposo mío, espero que seré por ti atendida. Si estuvieras conmigo, no tendría sino que rogártelo, y sé que tú por el amor que me has probado que me profesas, no me negarías nada, porque no podrías resistir a mis ruegos.

¡Pablo mío!, sin preámbulos te lo diré todo. Roberto está aquí en casa, lo recibí sin pedirte tu consentimiento; primero, porque es mi hermano, llegó de pronto y no podía decirle: "mi esposo no te quiere aquí". Yo

no podía ni debía hacer eso, conociéndote, sabiendo que eres bueno y me quieres mucho.
Te remito (OJO) esa carta de él; por ella verás qué distinto es a lo que tú pensabas. Él me ofrece no volver al campo federal, por la sola razón de no estar en un bando enemigo del tuyo. Si he hecho mal, tú me perdonarás, pero espero que pronto Dios me ofrecerá la dicha de confundirlos a los dos en un solo abrazo.
Adiós, te espera para ser muy feliz, tu esposa que te es fiel y te ama,

Delia Soler de Querales

Roberto escribió a Pablo la carta siguiente:

Querido hermano mío:
No he podido tratarte, a pesar de ser hace dos años mi cuñado, pero debes estar convencido que te quiero porque sé eres muy buen esposo y que amas con locura a mi hermana, único ser que tengo en el mundo a quien amar.
Créelo, Pablo, mi afecto para ti está mezclado con mi gratitud, porque tú has sido el protector de Delia y de la pobre anciana Justina, a quienes no debí abandonar. Fue una locura de muchacho.
Procura venirte pronto o de lo contrario, Delia es capaz de enfermar; vive triste, nerviosa y llorosa, pensando en su adorado Pablo…
Ella te ama de una manera que me da lástima verla ausente de ti; y me asegura que tú la amas más a ella que ella a ti, lo que me revela que sois muy felices.
Aquí me tienes en tu casa y te espero con ansia, para que arregles la manera de quedarme aquí trabajando. No quiero estar en un bando contrario al tuyo, ya eres mi hermano y me horroriza eso.

Roberto Soler

Después que Delia leyó la carta de Roberto, las metió en un sobre y las remitió a la Comandancia para que se las enviaran a su esposo al campamento.

Después de mandar las cartas pasó todo el día pensando qué resultado tendría y en medio de su ansiosa cavilación, tenía momentos en que se figuraba ver a Pablo y a Roberto unidos en un estrecho y fraternal abrazo; otras, los veía espada en mano, luchando con encono, esa inquietud hizo que al caer el día se sintiera quebrantada;

no quiso comer y se levantó para dirigirse a su habitación, pero cayó desfallecida en la silla con un desmayo. Su linda cabeza se inclinó como el blanco lirio azotado por el vendaval, que al inclinarse no ostenta más su belleza. Así la pobre niña; su cabeza se doblegó para no alzarse más.

Roberto sobresaltado la tomó en sus brazos, para llevarla a su lecho diciendo con angustia:

—Es preciso que venga su marido: la mata su ausencia.

Entre él y Rita la colocaron en su lecho y le prodigaron los más tiernos cuidados; poco a poco fue recobrando el conocimiento y abrió los ojos; su dulce mirada se fijó en su hermano y en Rita, y dijo con su armonioso acento débilmente:

—Perdonad, os he asustado mucho; esto no será nada, yo lo creo así.

—Pobre hermana mía —dijo Roberto estrechándole sus blancas y diminutas manos en las suyas, para darles calor—: estás yerta; cúbrete bien —y la arropó hasta la garganta.

—Qué bueno eres, hermano mío; perdóname, esto no está en mí, estoy tan débil…

—Tonta, bien lo sé —dijo él pasando su mano amorosamente por su cabeza y tratando de recoger sus blondos cabellos que se le habían esparcido—; vamos, descansa y duerme, que aquí, a tu lado, velaré tu sueño.

—Rita, mi buena compañera, trae valeriana, éter, todo para tomarlo y evitar darles otro susto, tú sabes que con eso me repongo mucho.

—Voy ya —dijo Rita tomando dos frascos—. Señor Roberto, cuídela mucho que pronto estaré de vuelta con lo que ella pide.

Anochecía. Rita, después de entornar la puerta de la galería que estaba junto a la alcoba de Delia, se dirigió con paso acelerado a la de salida a la calle; una vez en ella, volvió hacia abajo, y vio a un barbero que vivía en la esquina, conversando en voz alta con dos jinetes, y sin poder contenerse, dijo en voz baja, al ir para arriba a buscar lo que le había exigido Delia:

—Vaya un barbero charlatán, vive charla que charla con todo el que pasa, no sé cómo puede ganar la comida con tanto meterse en todo y querer averiguar la vida ajena —y diligente siguió su camino. Pero digamos algo del barbero y los jinetes.

Pablo había recibido la orden en su campamento de venir con parte de la fuerza para Caracas; inmediatamente se puso en camino, y al llegar, se dirigió a la Comandancia de Armas, antes de ir a su casa.

Allí, después de arreglar sus asuntos militares, se despidió de su jefe y se dirigió a la puerta.

—Coronel Querales —dijo el General.

—Mande usted, mi jefe —dijo Pablo volviendo hasta él.

—Ved qué olvido, esta mañana me enviaron de vuestra casa esta carta para vos, tomad.

—Gracias señor, voy para casa a darle una grata sorpresa a mi esposa.

—Sed muy dichoso Coronel, por cierto que sois digno de serlo; porque si como sois buen militar, sois buen esposo, no me queda duda que no tenéis igual.

—Me abrumáis, señor.

—Os hago justicia, id pronto a ver a vuestra familia.

—Gracias, adiós General.

—Hasta mañana, coronel Querales.

Querales guardó la carta en su cartera y se dirigió sin leerla a su casa, ansioso de abrazar a su adorada Delia.

Oscurecía; en la esquina más cerca de su casa, hacía mucho tiempo que un barbero tenía en ella un tenducho. En esa época nos eran desconocidas las elegantes barberías de hoy. El ajuar de una barbería de entonces, se componía de tres o cuatro sillas, un aguamanil de tres patas, donde descansaba una ponchera de loza ordinaria con grandes flores pintadas, una jarra, una mesa ordinaria y sin pintar, y en ella un frasco de sanguijuelas, uno o dos potes de pomada, unas navajas y un peine completaban aquel triste ajuar.

Los barberos de entonces, de hoy, de siempre, saben las historias de cabo a rabo de todas las personas, del lugar donde están; aquel les cuenta una, este otra, y ellos para divertir a sus parroquianos, les gusta tener rico repertorio, preguntan al mandadero, inquieren con la lavandera, se informan con el panadero, escudriñan la cocinera, es lo cierto que todo lo saben y lo descubren bien. Por lo regular, cuando alguno quiere saber alguna cosa que le interesa, se dice: preguntaré a un barbero. Pero Francisco, que así se llamaba el que estamos descifrando, tenía el defecto de ser más charlatán que otros,

por eso siempre tenía tres o cuatro personas en la tienda, para tener con quien charlar; pero al verse solo, se paraba en la esquina para hacerlo con el primero que pasaba. Esa tardecita, estaba esperando alguno con quien empezar su conversación, cuando vio venir dos hombres a caballo, era Pablo que llegaba a la esquina, seguido de su asistente.

Francisco, al verlo, le hizo un militar saludo.

—¿Qué tal, Francisco? —dijo Pablo con cariño.

—Bien, mi Coronel, pero ¿de dónde viene ahora?

—Del campamento; tengo seis meses por allá, por el Occidente.

—¡Seis meses! Pues me aseguró la mujer que aplancha la ropa de su casa, que usted tenía un mes que había venido.

—Es falso, no vengo desde entonces.

—Ella me aseguró que lo había visto.

—Se equivocaría.

—¡Equivocarse!, no mi Coronel, a menos que sea otro de la familia.

—¡Otro! —dijo Pablo estremeciéndose—. En mi casa no hay más hombre que yo.

—Dispense, mi Coronel, la señora estaba comiendo con él muy contenta, esa tarde que ella lo vio.

—No puede ser, Francisco, esa mujer se engañó.

—No, señor, mi chico que le llevaba la cesta me dijo lo mismo.

—Puede ser —dijo Pablo con voz ronca y picando el caballo se dirigió a su casa.

Al llegar se apeó y dando el caballo al asistente, le dijo con agitación:

—Espérame aquí un poco, quiero dar a la señora una sorpresa.

Pedro tomó las riendas del caballo, y Querales entró en la casa, andando con la punta de los pies. Temblaba sin saber por qué; las palabras del barbero repercutían en sus oídos y en el corazón de aquel hombre celoso mugía un volcán.

El corredor estaba oscuro; Querales se paró, no quería que lo sintieran, se recostó a la pared y se quitó los botines, que dejó en el suelo. En su propia casa entraba con el mismo temor que debe sentir el vil ratero cuando entra oculto a los latrocinios.

Su mirada se fijó en la vidriera de la puerta de la alcoba de su esposa, que dejaba ver un rayo de luz, su corazón se oprimió y latió con tal fuerza, que tuvo que oprimirse el pecho con las manos; por aquella rendija por donde trató de ver para dentro le pareció distinguir la sombra de un hombre… Su agitación fue espantosa y rechinó los dientes: dirigiéndose a la puerta de la galería que Rita dejó entornada, entró en ella. También estaba oscura.

La puerta del cuarto de Delia estaba entrejunta y dejaba ver un rayo de luz. Pablo se dirigió a ella, iba a entrar, pero se quedó petrificado con lo que estaba viendo.

Delia estaba acostada en su lecho y parecía dormida. Al borde de él estaba parado un hombre de elegante porte y larga barba, contemplándola con tierno cariño; puso suavemente su mano en la frente de Delia y dijo:

—Me parece que está mejor.

Delia hizo un débil movimiento y él quitó su mano con presteza.

Con aquel movimiento quedaron descubiertos los brazos y el cuello de Delia. Roberto la cubrió, y dijo con amor y ternura:

—Duerme, querido ángel mío, duerme, te lo repito, yo velaré tu sueño.

Delia abrió los ojos débilmente y envió a su hermano una dulce sonrisa.

Pablo no vio más, sus labios murmuraron una blasfemia, sus arterias latieron y por sus ojos pasó una nube de sangre.

Pablo se precipitó con la espada desnuda en el cuarto y se la metió hasta el pomo a Roberto, que no tuvo tiempo de lanzar sino un gemido, diciendo: "Me han matado", y cayó.

Pablo le arrancó el acero a Roberto y se lo hundió en el pecho a Delia que le dijo con moribunda voz:

—Pablo, es mi hermano, es Roberto…

Pero Pablo ya había hundido por segunda vez el acero en el pecho de su víctima…

Al cabo de unos segundos, tendió la vista a su alrededor, y vio los cadáveres de sus dos víctimas a su lado y se horrorizó de su obra… Las palabras de su infortunada esposa, zumbaban en sus oídos, como le habían zumbado las del barbero, y repitió como loco:

—Pablo, es mi hermano, es Roberto…

—He sido un asesino —dijo y saliendo para el patio, repitió—: es mi hermano, es Roberto…

En ese momento entraba Pedro con las bestias en el corredor. Pablo, al verlo, despertó como de un sueño, y dijo a Pedro:

—Llévalas fuera y desensilla.

Pedro entró y Pablo dijo:

—Ya no me queda más recurso que ocultar esto o morir como asesino en un patíbulo.

Se dirigió a la puerta de la calle y la cerró con llave, luego fue para el fondo de la casa donde se encontraba Pedro; estaba muy agitado.

—¡Pedro! —dijo.

—Señor, mi Coronel.

—Pedro —repitió—, necesito que me ayudes.

—Mi Coronel, el soldado no tiene más voluntad que la de sus jefes, podéis mandar.

—Necesito una pala y una barra.

—Ambas cosas las hay por aquí, voy por ellas.

En efecto, momentos después, traía Pedro de la cocina lo que su jefe le había pedido. Querales lo llevó al fondo y bajo un frondoso árbol que había allí, se puso a cavar una larga zanja, con la mayor fuerza. Pedro lo ayudaba, ya hoyando, ya sacando tierra, hasta que quedó hecha una honda sepultura. Luego que terminaron aquel afanoso trabajo, se volvió hacia Pedro y le dijo jadeante de cansancio:

—Siéntate y descansa.

Pedro obedeció sentándose al borde de la zanja; veía en Pablo algo sobrenatural; por primera vez en su vida sintió miedo, casi adivinaba lo que había pasado, pensó en su madre que la había dejado allí y le extrañó no verla.

Pablo entró en la casa. Recios golpes daban en la puerta de la calle, tocaban a ánimas; los golpes y el tañido de las campanas lo hizo estremecer y temblar de terror…

—¿Quién puede ser a estas horas?, ¿la justicia? Ella no puede saber nada, voy a ver quién llama con tal persistencia.

Pablo entró en la sala y abrió un postigo: temía que se alborotase el vecindario con tantos toques.

—¿Quién es? —dijo con mal talante.

—Soy yo, señor Roberto, hace dos horas que toco, me figuré que estaba dormido.

—No es Roberto, ¿qué queréis?

—¡Gua!, el Coronel, ¿cuándo vino? —dijo Rita acercándose a la ventana.

—Hace rato, a la oración…

—¿Y no me abrís? Todo está desarreglado y sobre todo aquí traigo las medicinas que fui a buscar para la señora. ¿No la encontráis muy enferma?

—Mi vista la ha curado. No necesita esos remedios.

—Bien decía el señor Roberto, que ella tenía mal de amor por usted, que al venir curaría, pero ¿vino mi Pedro?

—No, se quedó en el ejército.

—¿Está bueno?, ¿no lo tenéis ya de asistente, Coronel?

—No, tengo otro, él está bueno, pero idos, ya es tarde y voy a descansar —y sin esperar respuesta cerró el postigo.

Rita temblorosa y asustada fue a pedir hospedaje a una amiga, se acostó, pero no pudo dormir pensando en Delia, y murmurando instintivamente: "¡Pobre señora!".

A las seis de la mañana se fue a llamar a la casa de Querales, pero nadie contestó, Rita sintió miedo y se fue a la esquina, allí se paró. El barbero estaba en la puerta de su tenducho, al verla la llamó.

—¿Me habéis llamado? —dijo ella.

—Sí, toma este paquete y esto que te dejó aquí el Coronel.

—Mi ropa —dijo en voz baja—, me despide.

—Sí, y también dinero —dijo Francisco—, una buena pelota.

—Gracias —dijo la pobre mujer—, ¿pero por qué no abren?

—Porque fueron para La Guaira todos, donde está nombrado para no sé qué destino; se llevó a toda la familia, su señora y el hermano en coche, él y el asistente a caballo, y a ti te va a mandar a buscar, porque se lo exigió su esposa.

La pobre mujer respiró. Se fue casa de la amiga, y allí abrió el paquete de dinero, eran veinte pesos, de dentro de ellos cayó un papel que decía así:

Rita:

Toma esos reales que son tuyos, te los manda tu hijo Pedro, prepárate, pues dentro de tres o cuatro días, mandaremos por ti.

Querales

Al fin, la afligida Rita perdió la esperanza esperando.

Cuando Pablo se quitó de la ventana, fue para el fondo de la casa, donde estaba sentado Pedro, éste al verle alzó la cabeza que tenía apoyada en sus manos. La luna derramaba pálidos resplandores, formando fantásticas figuras con la sombra de las ramas del árbol.

—¡Pedro! —dijo Querales—. ¡Pedro!

—Mi Coronel —dijo éste parándose—, aquí me tenéis.

—Deseo morir porque soy muy desgraciado —dijo Querales.

—Todos los hombres lo son, mi Coronel, no hay ninguno completamente feliz, unos sufren de un modo, otros de otro.

—¿Oíste lo que me decía el barbero cuando veníamos?…

—Sí, oí que charlaba lo que no debía, ya se ve, esa es su costumbre.

—Pero todo lo que me dijo era cierto, mi mujer era una infame.

—Permitidme que lo dude, mi jefe, vuestra esposa no era mujer, era un ángel en la tierra.

—Pedro, me engañaba, era una vil y desvergonzada adúltera.

—Sería preciso verlo para creerlo, Coronel, era tan buena, tan dulce tan santa que…

—Pues bien, voy a probarte que no lo era, voy a presentar a tus ojos la verdad, para que no creas jamás en ninguna mujer, porque todas son villanas.

—Menos mi madre, Coronel, esa es una santa.

Querales se quedó pensativo, luego dijo:

—Pedro, júrame que tú me ayudarás a salvarme.

—Lo juro mi Coronel, usted es el jefe, yo soy el soldado; es decir, una máquina.

—Ven pues, el tiempo vuela.

Pedro siguió a Querales que resueltamente entró en la alcoba de su esposa; estaba excitado, parecía loco… Pedro lo siguió y no pudo contener un grito, más de admiración que de espanto.

—Quién iba a creer que ella hiciera esto —dijo Pedro juntando las manos.

—Silencio —dijo Querales con dureza.

El pobre muchacho se recostó en la pared, y después de ver a Roberto tendido en el suelo sobre una charca de sangre se quedó atónito contemplando a Delia, sin pestañear.

Ésta, parecía dormida, sus bellas facciones no habían perdido aquel no sé qué de dulce y triste que la embellecía, haciéndola tan simpática. En su blanco seno se veían dos grandes heridas, que aún filtraban sangre, su linda boca entreabierta dejaba admirar su bella y blanca dentadura, uno de sus brazos salía un poco fuera de la cama.

Pedro, al fijar sus ojos en ella, se le humedecieron involuntariamente y murmuró con dolor:

—¡Pobrecita!, jamás lo hubiera creído y no lo creo, sabe Dios lo que hay en esto.

Mientras Pedro tenía su monólogo, Pablo se dirigió a Roberto, y tomando el cadáver por la cabeza, dijo a Pedro, con la imperiosa voz de mando del jefe a un soldado:

—Ayuda, Pedro.

Éste se estremeció al oír la voz de mando de su jefe, como el que despierta de un sueño, se dirigió a Roberto, se inclinó y lo tomó por los pies.

Aquellos dos hombres silenciosos, se dirigieron al lugar donde estaba hecha la fosa. Aquella escena alumbrada por la luna entoldada, daba terror; no perecían sino fantasmas. Cuando llegaron a la fosa, arrojaron dentro el cadáver, y siempre en silencio, volvieron a la alcoba. Pablo se acercó a la cama; un estremecimiento general agitó su cuerpo, después envolvió el cadáver de su inocente esposa en las sábanas, y lo tomó por los hombros, Pedro por los pies.

El movimiento hizo rodar la parte de la sábana que cubría la linda cabeza de Delia, su abundante cabellera se desprendió, y cayó hasta el suelo, como queriendo lucir por última vez en la tierra; las blondas guedejas azotaban de vez en cuando los pies y piernas de Querales. Llegaron a la fosa y arrojaron a la pobre niña sobre su hermano.

Pedro no pudo contenerse, y las lágrimas bañaron sus mejillas; fueron aquellas las únicas que humedecieron la tumba ignorada de aquellos dos mártires.

Después de cubierta y pisada la fosa, Pablo cortó ramas del árbol y las arrojó sobre ella, para disimular su existencia.

—Ven, Pedro —dijo con voz débil. Éste lo siguió.

Llegó a la alcoba y contempló en silencio cuanto había allí. Después en un acto de desesperación arrancó la cortina, sus manos ensangrentadas dejaban la marca en ella, la arrolló y la metió en el colchón y lo envolvió, y tomándolo con fuerzas lo puso en la pieza

inmediata. Después se puso a arrancar la esterilla, Pedro silencioso lo ayudaba en todo; una vez quitada, la llevó afuera y le dio fuego.

—Trae escoba y agua —dijo jadeante.

Pedro obedeció, el infeliz muchacho se había convertido en un autómata, tanto era el terror que tenía. Querales lavó como loco la sangre que había filtrado. Por algunos minutos estaba pensativo, después que hubo quitado los vestigios de la sangre y del crimen, abrió con resolución los escaparates de su esposa, y sacando desordenadamente cuanto allí había, hizo grandes envoltorios donde metía platos, vasos, poncheras, jarras, todo. Los muebles los dejó vacíos.

Pablo se quitó la levita y dijo a Pedro, que en silencio lo veía hacer:

—Pedro, toma uno de esos envoltorios y sígueme. Pedro hizo lo que le mandó.

Querales salió a la calle, eran las dos de la mañana, la luna se había ocultado y había una densa oscuridad. Parecía que Dios protegía aquel criminal. Ni serenos, ni patrullas, nada encontraron, todos aquellos envoltorios fueron por ellos botados tras la Matanza Real, en la vega limítrofe al río Guaire, que estaba inculta y servía de camino a los vecinos para surtirse de agua en el río.

Cuando terminaron eran las cuatro de la mañana.

Pedro se sentó en el patio y ocultó la cara en sus manos, lloraba y tiritaba de frío. Querales se lo quedó viendo y abriendo un ceibó tomó una botella de vino y dijo a Pedro:

—Bebe y te repondrás, si quieres comer, allí también hay.

—Beberé Coronel, comer no puedo.

Dieron las cinco, Querales se paró y dijo a Pedro "ensilla", y tomando su levita se la fue a poner.

—Coronel, esa levita está muy manchada de sangre.

Querales se estremeció y dándosela a Pedro, le dijo:

—Saca lo que tenga en el bolsillo y guárdalo, y arroja la levita en la ceniza humeante de la esterilla para que se consuma.

Pedro obedeció y sacó de ella algunos papeles y una cartera que guardó en su seno, echó en el fuego la levita y volvió a casa de su Coronel y le dijo:

—Yo deseo decir a usted una cosa, mi jefe.

—Habla, ¿qué quieres?

—Usted me tiene algunos ahorros, mi pobre madre queda sin destino, quisiera dejarle esos centavos.

—Bien, déjame escribir, entretanto ensilla.

En efecto, Querales escribió a su encargado que pagase al dueño de la casa tres meses adelantados, que si al vencerse ese tiempo no venía con la familia, la desocupara y los muebles los vendiera y esperara su venida del Oriente para donde iba.

Después escribió cuatro palabras a Rita, envolvió el papel y veinte pesos y dijo a Pedro:

—A caballo, pues.

Pedro tomó un gran envoltorio que traía en la mano y salió a la calle llevando su caballo al diestro.

—¿Qué envoltorio es ese, Pedro? —dijo Querales con extrañeza.

—Esta es la ropa de mi madre que se la voy a llevar con el barbero —contestó.

—Es verdad, lo había olvidado.

Los dos se dirigieron a la tienda de Francisco, éste parado en la puerta se entretenía en lavar la ponchera.

—¿Qué tal Francisco? —dijo Querales.

—Aquí, mi Coronel, preparándome para ganar el pan.

—¿Conoces a Rita la cocinera de la casa? —preguntó Pablo—. Dale todo esto y dile que se aliste, que dentro de dos o tres días, la mandamos a buscar.

—¿Se marcha mi Coronel?.

—Sí, voy para La Guaira y me llevo a toda la familia; mi esposa va en el coche adelante con su hermano que encontré en casa que había venido.

—Eso quiere decir que la aplanchadora creyó que el hermano era usted.

—Cabal, pero yo ni recordé a Roberto.

—Así sucede siempre.

—Voy a hacerte otro encargo Francisco, pero me lo haces hoy en la mañana.

—Lo que usted guste mi Coronel, Francisco está aquí para servir a sus amigos.

—¿Conoces a don Dimas Chacón?

—Bah, que si lo conozco, como a estas manos.

—Solicítalo, ¿sabes su casa de habitación?

—Sí la sé y si no lo supiera, preguntaría.

—Entrégale esta carta y ésta lleva a mi nombre.

—Será usted servido, mi jefe, y con gusto.

—Gracias, toma… —y metiendo la mano en el bolsillo sacó unas monedas y dándoselas a Francisco le dijo—: para el rancho de hoy.

—Gracias, Coronel, buen viaje.

Querales partió seguido de Pedro, tomando para donde se decía estaban los federales.

—Sí —pensaba—, duro, muy duro me es hacer a sangre fría lo que medito; pero debo hacerlo, mi tranquilidad y mi honra me lo imponen: me pasaré a los federales después, y ellos ignorarán que fui casado y lo de esta noche quedará sepultado en mi corazón envuelto en las sombras del misterio. Valor Pablo, valor y avanza, adelante.

Embebidos en estos pensamientos anduvieron dos horas solos, en silencio y a trote largo. Llegaron a un lugar solitario y sombrío por lo espeso de los árboles, Querales tendió una adusta mirada a su alrededor; un estremecimiento general lo agitaba: su vista se fijó en Pedro, dándole una mirada inexplicable. De repente se quitó el sombrero y al volvérselo a poner se le escapó de las manos y cayó al suelo.

Pedro diligente se apeó para cogerlo: Querales paró el caballo y tomando el revólver lo armó. Pedro se inclinó sin ver lo que hacía Querales, pero antes de pararse sintió una detonación, y un golpe al mismo tiempo en una pierna que le hizo caer dando un gemido de dolor: quiso pararse, pero otro golpe en el hombro izquierdo lo hizo sentir un dolor tan intenso que perdió el conocimiento; su rostro se desencajó y presentó las sombras de la muerte.

Pablo tuvo miedo, cogió su sombrero y dijo con voz sorda para reanimarse:

—De hoy en adelante, Dios y yo solamente sabremos el secreto. ¡Pobre muchacho! Tú has sido bueno… pero era preciso; y picando el caballo, partió al galope.

El desgraciado Pedro, herido y sin conocimiento, perdía su sangre y habría muerto si la Providencia no le trajera un auxilio.

Por el camino venían para sus campos dos labradores con sus recuas que habían llevado sus frutos para venderlos en Caracas, era

el uno un anciano y el otro joven. Al llegar al lugar donde estaba Pedro, en apariencia sin vida, se pararon asombrados.

—¡Un hombre muerto! —dijo el más joven.

—¡Muerto! ¿Quién será este infeliz? —dijo el anciano e inclinándose puso su mano sobre el corazón del herido, luego añadió—: Este hombre está vivo, Antonio ven, ayúdame, vamos a llevarlo a casa y le prestaremos algún socorro. Aquí no se puede hacer nada y se desangra mucho.

En efecto, aquellos buenos labradores le tributaron los más caritativos cuidados, y lo trasportaron a su casa donde después de hacerle la primera curación con el bálsamo de yerbas que preparan en el campo, esperaron que Dios hiciera lo demás.

Como los proyectiles habían salido y no habían interesado ninguna arteria, lograron al fin que Pedro curase de sus heridas. Estuvo cinco meses con aquellos excelentes labradores, ayudándolos en todo, hasta que, restablecido, determinó volverse a Caracas al lado de su madre.

Después de despedirse reconocido de sus protectores, tomó la cartera de Querales que llevaba en su seno cuando recibió las heridas y vino a reunirse con su querida madre.

Dos años y medio hacía que había venido y ayudaba a su madre con lo que podía ganar; cuando se hizo el Tratado de Coche y entraron los federales a Caracas, Pedro lleno de contento por la paz se entregó con ardor al trabajo para sostener a su madre y proporcionarle descanso.

—Qué feliz soy, madre mía —decía él—, ahora no estarás con tanto afán, puedo salir y ganar para ti.

—Dios lo quiera, hijo mío: y sobre todo, que él con su poder te libre de que vuelvas a ver al tal coronel Querales.

—Ese hombre debe haberse muerto, es tan malo…

Una tarde que Pedro volvía de su trabajo, vio venir hacia donde él vivía, un hombre con uniforme de General. Los laureles le llamaron la atención, y fijó su vista en él.

Era Querales. Pedro se acercó a la primera puerta que halló a su paso y abriéndola se entró en el corredor dominado por el terror.

Por fortuna, el corredor estaba desierto y no fue notada su presencia en aquella casa. Pasó Querales y Pedro corrió a casa de su madre y le refirió su encuentro.

Desde ese momento, aquella pobre mujer vivía asombrada por el temor de que aquel hombre descubriese a su hijo y se lo matara, por ser Pedro el depositario de sus secretos. En esa ansiedad llamó a su hijo, lo hizo arrodillar con ella al pie del Cristo, y con la mano en cruz y puesta sobre la peña, juraron olvidarlo todo. No decir ni el crimen ni el nombre de Querales, para que él tampoco se acordara de ellos; lo demás lo saben nuestros lectores.

Cuando Rita terminó la historia de Querales cayó desfallecida, diciendo:

—Ya he cumplido con mi deber, ahora puedo morir.

La familia estaba horrorizada. Berta elevaba sus ojos al cielo dándole gracias. Santelmo estaba rígido, ceñudo. Teonila había pasado su brazo por la cintura de su hermana, y ésta había reclinado su cabeza sobre su seno estremeciéndose nerviosamente. Pedro al borde de la cama de su madre trataba de reanimarla.

De repente, la voz de Santelmo se dejó oír, potente, en medio de aquel silencio.

—Berta —dijo—, es preciso arrojar a ese hombre de casa, y entregarlo a la justicia.

—Esteban, no hagas tú esa delación, espera que Dios le enviará su castigo tarde o temprano.

—Ese hombre debe venir con el párroco hoy, y si viene ¿quién lo recibirá? Yo no sé disimular y al verlo creo que no podré contenerme.

—Lo recibiré yo y te ofrezco que no volverá más, sin que sea necesario decirle que sabemos sus crímenes —dijo Berta.

—¡Padre mío —dijo Alicia con terror—, yo no quiero ver más a ese hombre!

—Tranquilízate, hija mía —dijo su madre—, tú no lo verás más.

—Pedro —dijo Santelmo—, yo querría ver qué contiene la cartera de ese hombre.

Pedro abrió un cofre, la sacó y se la entregó a Santelmo. Éste la abrió, dentro estaba la carta que le dio el comandante de Armas el día de su llegada y otros papeles. Después de revisarlos todos, Santelmo guardó la cartera.

Capítulo IX

Condiciones

Berta esperaba en el salón la llegada de Querales. Santelmo, oculto en la pieza inmediata, esperaba también para oír lo que decía Berta.

Al poco rato llegó Querales acompañado de un venerable sacerdote: su rostro revelaba la mayor alegría; se dirigió a Berta saludándola cariñosamente con estas palabras:

—¿Cómo está mi futura madre?

—Estoy bien —dijo Berta fríamente. Luego, levantándose, saludó cortésmente al sacerdote ofreciéndole un asiento.

Querales, acostumbrado a aquella frialdad de Berta, no se turbó por ella y le dijo con cariño:

—Aquí traigo al señor cura para tomar vuestras voluntades, sírvase llamar a la linda novia y al señor Santelmo.

—Señor Querales, antes de ese requisito, es preciso llenar otros de más urgencia —dijo Berta.

—¿Llenar otros? —dijo sorprendido—, todo lo tengo arreglado.

—¿Todo? Recuerde usted y verá que se engaña.

—Aquí tengo mi fe de bautismo, usted tiene la de Alicia, ¿qué más se necesita?

—Se necesita lo principal, piense usted lo que es y verá que se ha olvidado.

—En realidad no atino lo que sea, señora.

—Pues, sin ese requisito, no puede llevarse a cabo el matrimonio.

—Pero, diga usted lo que es y yo le ofrezco que mañana lo arreglo, sin ninguna dificultad.

Berta trajo a sus labios una sonrisa indefinible, y volviéndose hacia el sacerdote dijo:

—Puede ser; pero lo siento por usted señor cura, que se ha molestado en balde.

—No se afecte usted por mí, señora, debe usted saber que todo esto entra en la misión que tengo sobre la tierra —dijo el cura cortésmente.

—¿Qué quiere usted padre?, a nosotras las madres nos agrada que todo lo tocante a nuestras hijas sea hecho en toda regla, ese es el sublime egoísmo de las madres y se le debe disculpar.

—Ese es vuestro deber, señora, y la madre que no lo haga así, se la debe tachar de descuidada y de poco amorosa.

—Pero acabe usted, Berta, de decir lo que es para satisfacer a usted; por fortuna para mí todo es fácil. Yo no he conocido el imposible jamás, diga usted lo que es para darle la prueba de ello.

Berta dijo con sonrisa cortante:

—No hay duda que es una dicha allanar el imposible con tanta facilidad.

—Es la verdad que eso es una dicha muy grande; pero no te alucines hijo, hay a veces dificultades que no se pueden vencer —dijo el sacerdote dulcemente.

—Diga usted señora —exclamó Querales amostazado—, yo noto algo extraño hoy en esta casa, diga usted lo que es, yo se lo ruego. ¿Qué falta, Berta?

—Falta, señor, la partida de defunción de la esposa de usted, para probar su viudedad, y si usted no la presenta, no puede haber matrimonio —contestó ella con entereza.

—Tiene usted razón, señora; sin eso, siendo el señor viudo, no puede hacerse nada —agregó el sacerdote.

Querales, pálido, convulso, dio un paso atrás diciendo asombrado:

—¡Mi partida de viudedad! ¿Qué dice usted Berta? ¡Mi partida de viudedad!

—Ya ve usted que tengo razón de exigirla, señor Querales.

Éste, repuesto ya de su primera impresión, contestó con sereno continente, y casi imperceptible sonrisa:

—Yo soy soltero, señora, jamás he sido casado.

—Usted fue soltero, hasta el día que contrajo matrimonio con la señorita Delia Soler.

—¡Delia Soler! —repitió él estremeciéndose—, ¡Delia Soler! —y luego tratando de reponerse añadió—: ¿Quién ha dicho esa falsedad? Usted ha sido engañada, Berta.

—¿Engañada? Me lo dijo quien lo vio casar.

—¿A mí, señora, a mí?

—A usted caballero.

—¡Cuánta perversidad! Jamás he sido casado.

—Puedo presentar a usted la partida de matrimonio, llevada a cabo en la parroquia de Altagracia.

—Ese será otro Querales —dijo éste turbado—, hay tantos.

—Si es otro, usted lo probará, de lo contrario no puede tener lugar el matrimonio con mi hija.

—¡Señora! ¡Señora!… Usted me hiere hondamente.

—¿Por qué le pido la partida de su viudedad?

—Bien —dijo él ya repuesto del todo—. Dé usted por cierto que fui casado y que murió mi esposa; y si no encontrara la partida de viudedad ¿qué se haría entonces?

—Una cosa muy sencilla, señor Querales, o traerla o retirarse de nuestra casa para no volver jamás.

—¿Me arroja usted de ella, señora?, ¿satisface usted el odio que siempre me ha tenido?

—No le arrojo ni le odio señor, le pongo condiciones solamente.

—Condiciones —repitió Querales—, condiciones…

—Sí, le pongo condiciones, porque una madre, antes de entregar su hija a un hombre que conoció ayer, debe averiguar su vida pasada muy bien para saber quién es, y a la que no lo haga así, debe dársele el título de mala madre.

—Tiene usted razón, señora —dijo el sacerdote—, y si todas las madres obraran con esa cordura, no se lamentarían tantas desgracias

en los matrimonios; pero hay madres que por casar a sus hijas, son capaces de entregarlas al mismo Satanás si le oculta los cuernos.

—Esa es la verdad, padre, y celebro que usted presencie esta escena, para mí harto desagradable, para que con su tacto evangélico le dé la razón al que la tiene, sin que se me tache de exagerada.

—Señora —dijo el sacerdote—, usted cumple con su deber procediendo como una madre sensata.

En medio de esta conversación, Querales estaba agitado, convulso, de repente tomó una resolución y dirigiéndose al cura, le dijo con agitación:

—Padre, voy a decir a usted toda la verdad; usted a su vez me juzgará a mí y me dirá lo que piense, sin rodeos.

—Hijo mío, mi misión me manda oír todo con calma y madurez, para poder juzgar lo que me confíe.

—Señor Querales, si deseáis hablar a solas con el señor, me retiro —dijo Berta levantándose.

—Señora, siéntese usted, quiero que usted presencie mi conversación.

Berta se sentó sin contestar, y Querales dijo:

—Padre, realmente yo era casado, pero estando en la campaña perdí a mi esposa. Cuando vine después de cinco años de ausencia, supe que tenía la infeliz cuatro de muerta; he solicitado en varias iglesias la partida de defunción y no me ha sido posible encontrarla; una anciana, única parienta que tenía, murió también y no he podido averiguar en qué feligresía murió mi esposa, por más diligencias que he hecho.

—Verdaderamente que es una desgracia lo que pasa a usted, pero ¿por qué no habló a esta familia desde el principio con franqueza?

—Porque temí lo que pasa hoy, no quise decir que era viudo, pero soy un caballero y sé que lo soy, jamás creí que llegaría el caso de que se dudara de mí. Para quitar los obstáculos lo oculté, no encontrando la partida de defunción como se ha dicho.

—Hijo, el caso está muy complicado, la señora tiene razón en lo que dice… Busque y al fin encontrará feligresía que registre sus archivos, es cuestión de dinero.

—Lo haré así, señora, y si no la encuentro se verá manera de arreglarlo, porque todo está preparado para el matrimonio y no puede desbaratarse, pudiendo allanarse.

—El único allanamiento que hay, señor, es que usted traiga la partida de defunción en toda regla, de lo contrario, ya sabe usted lo que le he dicho.

—Yo no extraño en usted esa rigidez, señora, porque usted está predispuesta en mi contra, pero espero entenderme mejor con el señor Santelmo.

Berta, fijando en él su límpida y serena mirada, le dijo con acentuado tono:

—Señor Querales, si usted llega a encontrar esa partida, le ofrezco que se hará el matrimonio; pero —añadió con marcado tono—, usted no la traerá, porque sé bien, que no la encontrará.

Las facciones de Querales se desencajaron, y dijo:

—¿Que no la encontraré?… ¿qué quiere usted decir con eso, señora?

—Para terminar, lo mismo que le digo yo, le dirá mi esposo, que sin esa partida no le queda más que hacer que retirarse, partida que, estoy cierta, no vendrá porque no existe, de lo que me felicito.

Berta al terminar estas palabras, se puso de pie, el sacerdote la imitó, ella tendiéndole la mano, le dijo con dulce acento:

—¡Volved, padre mío! —y haciéndole una reverencia se entró para dentro sin ver siquiera a Querales, que estaba lívido, desencajado.

Capítulo X

La expiación

Cuando Berta entró en la pieza donde estaba Santelmo, éste la recibió diciéndole:

—Has tenido mucha prudencia y tino, y creo que este infame no volverá. Eres, esposa mía, el tipo perfecto de la matrona venezolana.

—¿Que no volverá?, sí vendrá. ¿No viste con qué serenidad refirió su fábula al cura? Ese hombre es capaz hasta de falsificar la partida de defunción, porque en su alma no existe ningún sentimiento noble.

—Imposible, él no puede venir, tus últimas palabras le dan a entender que sabías algo más; y salió tan pálido y trastornado, que temí cayese con algo de cuidado en nuestra casa.

—Pues yo aseguro que vendrá; si pudiera ausentarme hoy mismo de aquí, créeme Esteban, lo haría, porque eso le daría una distracción a Alicia, que se ha afectado mucho con el horror de haber amado a ese criminal. Tú sabes que por su estado de salud, siempre delicado, me aconsejaron los médicos que la hiciera atravesar el mar. Al principio hubo dificultades, después se presentó el matrimonio, y yo creo que ha llegado el momento de hacerlo, la embarcación será un remedio eficaz para su cuerpo, y para su alma…

—Creo que debemos en el acto proceder a llevar a cabo ese viaje, ella tiene todo preparado: ¿quieres que proceda a disponer el equipaje?

—Sí, ahora mismo, para salir de madrugada para La Guaira y tomar el vapor que sale mañana para Curazao.

—Me das un gran placer, amigo mío, con sacar esa niña de aquí.

—Pero haz el equipaje de todos, tú y Teonila no pueden abandonar a nuestra dulce Alicia, se entristecería. Por fortuna estoy bien desahogado y puedo hacer el viaje a mi satisfacción. Ve, pues, pon a todos en movimiento, que voy a buscar coches que nos lleven con el equipaje…

—Teonila se va a contentar mucho.

—Ve, no te detengas, porque me parece que ese hombre criminal puede tratar de vengarse de ti.

—¿Sería capaz de hacerlo?

—Berta, una vez que el hombre pisa la senda del crimen, nada lo detiene y sigue adelante sin estremecerse ni temblar.

—¡Desgraciados lo que llegan hasta ese punto! Pero voy a prepararlo todo para, a la madrugada, poder partir.

—Esteban —dijo Berta volviéndose—, ¿y a Rita y a Pedro los dejamos?

—Rita y Pedro son mi familia, les debo la salvación de Alicia y sería un ingrato si les abandonara.

—Esposo mío —dijo Berta estrechando a su esposo contra su corazón—: ¡Cuán grato luce el buen proceder, mucho más, cuando lo ponemos en parangón con el malo! Yo te doy en nombre de esos desgraciados las gracias, porque comprendo su alegría al verse lejos de ese hombre.

Santelmo posó sus labios en la frente de su esposa y se separó de ella para irse a arreglar todo lo necesario para la partida.

Berta se dirigió a casa de sus hijas y les impuso lo que debían preparar, con los sirvientes, para el viaje.

Llenas de satisfacción empezaron a arreglar el equipaje, el cual en pocas horas quedó dispuesto.

Cuando Berta fue a decir a Rita que debían partir, la encontró sentada, estaba tranquila y serena, Berta se le acercó y le dijo con dulzura:

—¿Cómo te sientes, Rita? ¿Te encuentras débil?

—Señora, desde que he cumplido con el deber de decir a ustedes quién es ese hombre, me siento mejor y fuerte.

—Pues, si te sientes tan bien, procuren arreglar su equipaje porque nos vamos de madrugada para embarcarnos muy lejos de Caracas.

—¡Partimos! —dijo Pedro—, gracias, señora, ya mi infeliz madre no vivirá sobresaltada por mí…

A las siete de la noche todos estaban dispuestos, en la madrugada salieron para La Guaira llevándose el equipaje en coche, y a las tres de la tarde del mismo día se embarcaron para Curazao, donde pensaban estar algunos días.

Cuando Berta se separó de Rita, después de anunciarles la partida, se dirigió a casa de sus hijas que con la mayor actividad preparaban el equipaje.

—Alicia —dijo—, tráeme los presentes, las cartas, todo, hasta la última flor que te haya dado Querales.

—Comprendiendo que debías pedírmelas. Lo tenía todo preparado, no quiero nada que me recuerde hombre tan criminal, madre mía.

Berta los reunió a todos y poniéndolos en una rica salvilla se los envió a Querales, dándole orden al sirviente que si no estaba lo dejara con el asistente de él, que se lo entregaría sin falta. El sirviente cumplió la orden, dejándolo todo en casa de Querales.

Éste, abrumado por la fría entereza de Berta, juró que su venganza con ella sería cruel, si lograba conseguir una partida falsificada.

—Con el dinero —decía—, se consigue todo, y por fortuna, soy bastante rico… Berta de Santelmo, te ofrezco que vertirás tantas lágrimas que harán surcos en tus mejillas, que aún ostentas hermosas. Tu hija a toda costa será mía… Esa será mi primera venganza… Las otras… ¡Ah!, las otras… serán espantosas.

Abrumado con tan satánicas ideas, se separó del venerable sacerdote al salir de la casa de Santelmo. Resuelto a conseguir una partida de defunción falsificada, no tuvo descanso hasta que encontró un infame que se prestó a hacerla por el oro.

Cuando volvió a su casa era de noche; su semblante estaba radiante de contento, porque esperaba poder llevar a la mañana siguiente a casa de Santelmo dicha partida.

—¡Cómo voy a humillar por primera vez a esa mujer vanidosa!, ¡qué gozo!, ¡qué satisfacción!

De repente sus ojos se fijaron en los presentes que estaban todos acomodados en la mesa y fue tanta su sorpresa, que dijo con ira:

—¡Maldita mujer! ¡Julián! —gritó.

—¿Habéis llamado?.

—¿Quién trajo esto aquí?

—El sirviente de la casa del señor Santelmo, yo lo coloqué ahí.

—Está bien, vete.

—¿No come el General? ¿Quiere que lo sirva?

—Haz lo que quieras.

—¿Quiere que lo sirva aquí, o bajará al comedor?

—Iré al comedor.

El criado salió y él se quedó viendo los presentes, uno a uno.

—Nada falta, ni la flor más insignificante, todo, todo está aquí. ¡Berta! ¡Berta! No sólo me arrojas de tu casa, sino que obligas a la pobre niña a enviarme cuanto tiene mío… Sí… la obligas… porque ella de propia voluntad no lo hace, amándome como me ama, porque aquel casto corazón es todo mío… Berta, Berta, tú quieres arrebatarme no sólo el placer de verla, sino su amor, llenando de dolor aquel tierno corazón… Berta, espera, que tu turno de angustias te llegará horrible, y entonces: ¡ah! con qué placer las veré impresas en tu rostro… Y cuando los surcos de la amargura que yo te haga saborear marchiten tu potente hermosura, entonces mi felicidad no tendrá igual… Sí —dijo con satánica risa—, yo me vengaré.

Bajó al comedor y comió ligeramente y se dispuso para volver a salir.

—Julián —dijo—, si traen cartas, oficios y periódicos, ponlo todo en la mesa para verlo mañana.

—Así lo haré, General, id tranquilo.

En efecto, todo lo colocó como le había sido ordenado, por último trajeron una carta abultada, que colocó con las otras.

—Vaya —dijo Julián al ponerla en la mesa—, con esta carta tan gruesa, tiene el General para entretenerse.

Cuando Santelmo volvió a su casa serían las seis de la tarde, Berta le salió al encuentro, y le dijo:

—¿Tienes todo dispuesto?

—Sí, todo. Y esperamos que fijes la hora de la marcha.

—Pues bien, yo pedí los coches para salir de aquí en la madrugada.

—Dispondré de modo que esté todo listo a esa hora, porque no tienes idea lo mucho que deseo que nos alejemos de ese hombre, porque te lo confieso, le tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Y qué puede hacernos, Berta?

—Con la posición y el influjo que tiene, puede hacernos muchos males, ese hombre es capaz de todo.

—Puede ser, todo puede esperarse de un hombre como él.

—Además, como le mandé a su casa los presentes que había hecho a Alicia, estará más furioso con nosotros.

—Yo le quitaré la furia, voy a escribirle.

—¡A escribirle! —dijo Berta sorprendida—. ¿Tú vas a escribirle?

—¿Y has creído que yo me ausente, sin castigar a ese infame, por haber osado intranquilizar el corazón de mi Alicia?

—¿Cómo vas a castigarlo? Esteban, ten prudencia, ese hombre es perverso; recuerda que tú lo has dicho. Cuando se pisa la senda del crimen, nada detiene al criminal.

—No te intranquilices, vete a dar las últimas disposiciones para salir a las tres de la mañana, y cuando todo lo tengas arreglado, vuelve.

Berta se retiró y Santelmo se puso a escribir; cuando ya terminaba, leyó a Berta lo que sigue:

> Señor Gnral. Pablo Querales
>
> Presente.
>
> Remito a U. esta cartera, que es de su propiedad y que la suerte trajo a mis manos. Dentro van las cartas de su infortunada esposa y la de Roberto, su hermano y cuñado de U.; esas cartas fueron escritas por ellos el último día de sus vidas, creyéndole a U. un hombre de corazón; esas cartas U. no las leyó cuando se las entregó su Comandante, y se abrió la cubierta que tenían con la humedad de la sangre del que la guardaba. ¡Esa cartera fue encontrada en el cadáver del desgraciado Pedro! —vuestro asistente entonces— que le fue confiada por U. para guardarla la noche en que, después de cubrir todo lo pasado en su casa, se disponía a abandonar sus filas para alistarse en las contrarias. Pedro fue asesinado y U. sólo se presentó en el campo de sus enemigos…

He hecho una justificación de todos sus crímenes y en ella me sobran pruebas; esa justificación la dejo en manos seguras para que si U. atenta contra mi vida, sea delatado en el acto; mientras tanto, guardaré silencio, primero, porque no quiero ser delator, y segundo, para que no se repita el recuerdo de sus pretensiones a mi hija.

Deseo que la lectura de esas dos cartas traiga el remordimiento a su corazón y que la sangre en que va manchada le traiga el arrepentimiento, y si no sucede así, Dios le mandará lo que U. merece.

Esteban de Santelmo

—Esposo mío —dijo Berta asustada—, ese hombre al leer tu carta puede atentar contra tu vida.

—¿Matarme? Al hacerlo, caerá en manos de la justicia; no soy tan torpe que no haya previsto todo… tranquilamente me voy, sin temer nada.

—Dios lo quiera, querido esposo mío.

—Yo no viviría satisfecho si no diera a ese hombre criminal el castigo que merece, por haber osado pensar en hacer su esposa a mi hija Alicia, siendo como es, merecedor de un presidio.

—Ahora voy a hacer firmar esta delación a Pedro y a Rita. Las señas de la casa están bien especificadas, como también el lugar donde puede encontrar la justicia los cadáveres, ¡y ay de él si trata de hacerme algo ahora o después!

Santelmo metió la cartera y su carta en un sobre y se la remitió a Querales.

Esa era la abultada carta que tanto llamó la atención de Julián, al colocarla en la mesa de su amo.

Santelmo, después de arreglar todo, partió como antes dije, para Curazao con su familia.

Querales llegó a su casa muy tarde, pero se veía que su semblante estaba radiante de satisfacción.

—Vamos, Pablo —dijo sacando un papel del bolsillo que se puso a leer—, vamos, tú triunfas y vas a ser dichoso —sus facciones estaban animadas por el contento; sus ojos brillaban.

—Está en regla, nada falta: ¡qué dicha!, ver a la fría y altanera Berta humillada ante mi poder; esta gloria es la mayor que he tenido en mi vida; el placer más inmenso que he disfrutado.

—Colócate aquí, papel querido —añadió—, que al lucir el nuevo día, nada tendrá que alegar aquella orgullosa mujer.

Al ponerlo en la mesa vio las cartas, los periódicos y un oficio; éste lo abrió para ver si era urgente, pero al ver que no, lo dejó en la mesa y se dirigió a su lecho.

—Durmamos, hoy he tenido muchas agitaciones, y me siento cansado. Mañana leeré cuanto hay ahí, ahora sólo deseo descansar… —y metiéndose en su cama, durmió con el mismo sosiego con que puede dormir el que tiene la conciencia tranquila.

Al despertarse por la mañana, tocó el timbre. No había salido de su cama. Julián se presentó y dijo:

—¿Habéis llamado?, ¿queréis que os ayude a vestir?

—No, lo que deseo es que me traigas al barbero para que me arregle, y ábreme las persianas para ver el sol.

Julián obedeció y salió, Querales volvió a llamarle y le dijo:

—Julián, estoy muy contento hoy.

—Lo celebro, mi General, ¿será hoy el matrimonio? ¿Es esa la causa de tanta alegría, como la que brilla en vuestra cara?

—No es hoy, pero será dentro de pocos días.

—Entonces, tenéis razón de estar contento, ¡es tan linda la joven!…

—¡Bravo! ¿Te agrada mi novia?

—Mi General, ¿a quién no le gusta lo bello?… Si yo tuviera dinero…

—¿Qué harías si lo tuvieras?

—Todo lo que hacen los otros; el dinero lo da todo, mi General.

—¿Hasta las novias bonitas?

—Esas primero que nada, a la mujer le gusta mucho tener oro, y con él se consiguen fácilmente, pero voy a traer al barbero.

Cuando regresó Julián con el barbero, dijo Querales a éste:

—Quiero que hoy te esmeres en mi tocado, deseo estar muy elegante.

—Descuide General, que echaré el resto.

Éste se puso en manos del barbero, el cual le cumplió su oferta, arreglándolo elegantemente; se vistió con el mayor esmero, tomó el sombrero, y parándose ante el espejo se lo colocó coquetamente, quedando satisfecho de su figura, pues antes hemos dicho que era

de arrogante presencia, y era que nunca había deseado tanto agradar a la dulce Alicia.

Querales se dirigió a la mesa para coger la partida de defunción que había puesto en ella, y sonriendo con gran satisfacción, tomó el papel diciendo con énfasis:

—Ven papel querido, tú eres mi salvador, me has costado oro a puñados, pero te tengo, y me vengaré, sí, me vengaré, haciéndole saborear cicuta a Berta.

Cuando guardó el papel en el bolsillo, vio las cartas y periódicos que estaban en la mesa, y dijo:

—Cuando venga leeré todo esto, en este momento no puedo entregarme a cosas particulares porque no estoy tranquilo.

Salió a la calle y fue a la casa de Santelmo con paso apresurado, estaba ansioso de poner ante Berta la partida de defunción; pero antes quería entenderse con Santelmo, que era un hombre razonable y jamás había aceptado el frío trato que su altiva mujer le daba.

Embebido en estos pensamientos se encontró en la puerta de la casa de su amada, pero ¡oh sorpresa!, la puerta estaba herméticamente cerrada y aunque llamó repetidas veces no contestaron. Se informó con los vecinos y no pudieron darle razón.

Despechado se volvió para su casa y arrojando el sombrero, se dejó caer en un sofá, abatido, exclamando:

—Se han ido, me huyen, se llevan a mi adorada Alicia, tal vez violentamente, para que me olvide. ¡Alicia, dulce amor mío! Yo te encontraré y llevaré el consuelo a tu tierna alma… ¡Berta! Mujer sin alma, ¡cuando no te conmueve el dolor que debe sentir tu hija, no te enternece nada! Sí, porque aquella tierna niña debe sufrir mucho. ¡Me ama tanto!… Pero, yo averiguaré dónde la han llevado. Tengo dinero, buena posición, influjo, y descubriré sin mucho esfuerzo dónde está; yo haré lo que a mí se me antoje, sin oposición de nadie; por voluntad o por fuerza, Alicia será mía, goza entre tanto, madre criminal, en tu triunfo que pronto será amargado por crueles dolores.

Al terminar estas palabras dejó caer su cabeza entre sus manos, cubriéndose el rostro. Aquel hombre criminal estaba abatido, porque amaba a Alicia con un inmenso amor; era una locura lo que aquella dulce niña le había hecho sentir. Cerca de media hora hacía

que se conservaba en aquella posición, cuando la voz de su sirviente lo hizo volver en sí, como el que despierta de un sueño.

—General —dijo Julián—, un ordenanza le acaba de traer este oficio.

—Es verdad —dijo Querales—, de todo me había olvidado.

Julián se lo quedó viendo con sorpresa y le dijo al fin con algún temor:

—¿Qué tenéis mi General? Jamás os he visto con la cara tan triste, tan…

—Dime Julián —contestole él—, ¿tú has amado alguna vez? Habla con franqueza.

—Mi General, el amor no distingue posiciones, y se mete en el corazón de todos sin pedirle permiso, yo sé que la india Juana me tiene loquito…

—¿Y por qué no te casas con ella para que te cures de ese amor? —dijo Querales.

—Por falta de dinero, mi General, el pobre soldado como yo, no tiene sino su mísera ración, y eso que cuento con las propinas que me regala mi General; pero ¿qué le digo al ordenanza?

Querales había abierto una gaveta y sacando un rollo de billetes de banco se sentó en la mesa y escribió por algunos instantes, luego tomando lo escrito dijo a Julián con dulzura:

—Toma, sé feliz, esta es tu baja —dijo dándole el papel—, y este dinero es para que te cases con tu india Juana, sé tú feliz Julián, ya que tu General es tan desgraciado. Dile al ordenanza que pronto iré a la Comandancia.

Julián con los ojos llenos de lágrimas veía la baja y el dinero, y al fin le dijo:

—¿Me despedís, mi General?

—No, quédate conmigo y tu Juana, cuando yo traiga a mi esposa, se quedará con ella.

—Gracias, General, sólo usted que conoce lo que es amor, puede medir mi gratitud.

—No hay porqué tenerla tanto, me sirves bien y te recompenso, ahora déjame leer esto que tengo aquí desde anoche.

Julián se retiró radiante de alegría.

Pablo se sentó y empezó a leer todas las cartas detenidamente, pero sea casual o intencionalmente, la abultada carta la fue dejando para lo último.

Al fin la tomó y dijo a media voz:

—¿De quién será esta carta? Veamos.

Y uniendo la acción a la palabra rompió el sobre, la cartera y la carta de Santelmo cayeron en la mesa, Querales hizo un movimiento de sorpresa, así fue que, viendo con desprecio el papel, cogió con avidez la cartera y la examinó detenidamente; de pronto se puso densamente pálido y sus facciones se desencajaron; soltó la cartera en la mesa, y dijo con asombroso temblor:

—¿Quién me manda esta cartera?, ¿quién? No sé qué se me hizo entonces —dijo con agitado acento—, esta cartera,… ¡Dios mío!… esta cartera es mía, tiene aquí las iniciales de mi nombre.

Y con temblor febril le daba vueltas en su mano, lleno de ansiedad.

—Valor Pablo, valor —añadió, abriéndola.

La carta de la infortunada Delia fue lo primero que sacó de ella, pues recordará el lector que él no la había leído; un grito de horror se escapó de su pecho al verla, estaba teñida de sangre.

—¡Su letra, Dios mío, su letra!… ya recuerdo… me la dio el Comandante y no la leí. ¡Sangre!, ¡sangre de ellos!, ¡sangre de los tres!… ¿pero por qué está manchada? Yo no quiero tocar esa sangre —dijo horrorizado arrojándola sobre la mesa—. Pero… ¿por qué? ¿Por qué Dios mío me la manda hoy? ¿Dios mío, por qué? ¡Tengo miedo!… ¡horror!, ¡remordimiento..!

Y dejando caer la cabeza entre las manos lloró desesperado. De repente alzó la cabeza y dijo en medio de su deseperación:

—Allí está mi dulce Delia, sonriendo, con su semblante angelical… ¡Delia! ¡Delia mía! perdóname, tú eres inocente, tú no podías ser criminal… pero ya viene, Roberto está a tu lado… Más allá veo a Pedro. Perdón, perdón —dijo cayendo de rodillas—, llevaos vuestra carta, llevaos vuestra sangre, no quiero verla —dijo corriendo lejos de la mesa como un loco—, Pablo, es mi hermano, es Roberto… ¡Oh!, ¡calla, no lo repitas más, Delia mía! Es mi hermano, es Roberto… —volvió a repetir— Calla Delia, calla, calla… —y dejándose caer en la silla junto a la mesa, se cubrió la cara con

las manos; por dentro de sus dedos se destilaban gruesas lágrimas, fuertes sollozos alzaban su pecho.

Poco a poco se fue serenando; el llanto había calmado su agitación y pudo coordinar las ideas.

—¡Pobre esposa mía! ¡Cuán feliz fui contigo! Yo no debo vivir; tu sombra me persigue a todas horas y en todas partes, y si he amado a Alicia es porque es la renovación de ti misma, tu dulzura, tu pureza, tu candor y belleza material, todo en ella es semejante a ti, por eso la amo con la misma locura con que te amé a ti… pero junto con la cartera vi caer en la mesa un papel, sí, aquí está, quiero ver quién me envía esta cartera después de tantos años.

Querales abrió la carta de Santelmo y la leyó con la mayor serenidad, luego riendo con risa nerviosa dijo:

—Es de Santelmo, me amenaza con delatarme. Ya conocen mi triple crimen… Perdí a mi Alicia para siempre, estoy solo, enteramente solo… ¡Debo morir! Vale más eso que llevar esta existencia, ¿pero cómo lo saben? ¿Por qué me remite la cartera? ¿Cómo la obtuvo?… Con la muerte de Pedro, mi crimen se enterró en mi corazón, como enterré en la tierra los cadáveres, ¿quién lo dijo?, ¿quién lo sabe? Lo sabe Dios y yo ¿y cómo lo dijo Dios…? Lo hizo saber por su poder, ¡Dios misericordioso!, soy un criminal y me castigas.

De repente, en su agitación se fijaron sus ojos en su revólver que estaba en la mesa de noche; sus ojos brillaron; satánica alegría iluminó su semblante… y dijo:

—Pablo, ¡te has salvado!… tu honra no será el juguete de la justicia; tus crímenes y tú mismo, serán relegados al olvido, muy pronto; tú no debes vivir sabiendo que hay quien conozca tu horrible crimen, ten valor, para vivir sin honra es preferible la muerte… No quiero comprometer a nadie, voy a escribir —Pablo se sentó, se había serenado como por encanto; con mano segura, escribió estas palabras:

> A la autoridad:
> Hastiado de la vida, deseo morir, no culpen a nadie, creo que estoy de más en el mundo y me suicido, dejo mis bienes a los pobres y esta casa a mi leal servidor Julián, a quien ruego se case con Juana para que sea feliz.
>
> Pablo Querales

—¡Julián! —llamó momentos después.

—Aquí estoy mi General, ¿qué queréis?

—Escucha: me parece poco lo que te di esta mañana; voy a regalarte un cofre con más dinero.

—Pero, mi General, eran quinientos pesos los que me dio en billetes.

—Lo sé, pero quiero darte más —y sacando un cofre, echó en él sus prendas y todo el dinero que tenía en las gavetas, no dejó un céntimo, lo cerró y entregándoselo a Julián: se sentó a la mesa y escribió lo que sigue:

> He regalado a mi leal servidor, Julián Páez, como un recuerdo mío, un cofre con todo el dinero que tenía y las prendas de mi uso; ruego de nuevo, que se ponga en posesión de esta casa con todo lo que tiene dentro.
>
> Pablo Querales

—Ahora vete, y dile al comandante de Armas, que ya voy para allá; si por casualidad te quieren quitar el cofre, entrega esta carta al que te pregunte por qué tienes mis prendas.

—Y usted, mi General, ¿se queda sin ellas?

—Sí, compro otras para mi boda —dijo Querales con amarga sonrisa—. Pero ve pronto a la Comandancia.

Julián se retiró, Pablo encendió una bujía y sacando sus cartas y papeles todos, les dio fuego, lo mismo a la carta de Delia, y la misma cartera la metió al fuego junto con la partida de defunción; se arregló con la mayor calma el pelo y la corbata y tomando el revólver, se tendió en la cama con él en la mano, diciendo con el más amargo acento:

—¡Adiós gratas ilusiones de la vida!, ¡adiós sueños, ambiciones de gloria y de riquezas!, ¡adiós altivas aspiraciones del magnate que desea escalar el poder para tener a sus pies a sus semejantes! ¡Adiós!, yo abandono la vida después de haber alcanzado todo eso, que no deja otra cosa en el corazón que hiel y desengaños; que no deja otra cosa en la conciencia que el remordimiento y el dolor, que no mitiga ni las lágrimas. ¡Adiós sueños todos; mentirosos y falaces, adiós…!

Su mano se contrajo y sonó una detonación. De Pablo Querales, sólo quedaba un cadáver inerte, con un crimen expiaba los otros.

Aquel hombre criminal, pronto fue olvidado por todos.

Epílogo

Han pasado tres años. En una linda casa de Caracas y en el salón de recibo, se ve una joven con un niño en los brazos, cerca de ella se encuentran dos caballeros, y llevan los tres, familiar conversación.

La joven es Teonila Santelmo, ya esposa de Héctor, hace año y medio. Arturo Montiel es uno de los caballeros, el elegante trigueño que escribió tres años antes su declaración a Alicia, cuando estaba para casarse con Querales. Héctor era el otro.

—Arturo, ¿y definitivamente se realiza el matrimonio dentro de dos semanas? —dijo Teonila.

—Sí, dentro de dos semanas —contestó—, ¡amo tanto a vuestra hermana, que desearía que fuera dentro de dos días!

—Ella también te ama —dijo Teonila.

—Lo que yo te aseguro —dijo Héctor— es que llevas por esposa un ángel, Alicia es tan dulce, tan dócil y suave, que te hará sumamente feliz, Arturo.

—Sí, Héctor, tienes razón, yo lo espero así; y además, amigo mío, hace tres años que Alicia me hizo sentir el amor que le profeso, único que he sentido.

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Teonila.

—Cuando Santelmo se ausentó de Venezuela con su familia, sufrí bastante, nada podía hacer que olvidase a Alicia.

—Un año estuvieron paseando, y bien sufrí yo también —dijo Héctor, pensando en Teonila.

—Una tarde pasé por la calle, como tenía de costumbre —continuó Arturo—, juzga mi sorpresa, la casa estaba abierta y Alicia y Teonila en la ventana. Detuve el caballo y me quedé como un tonto viéndolas a las dos… Jamás me había parecido Alicia tan bella, una alegre carcajada de Teonila me hizo volver en mí y ruborizado les di un saludo y me alejé. Te abrí mi corazón, amigo mío, y me presentaste en la casa. Alicia me dio al fin su amor; y dentro de poco seré tan feliz como lo eres tú. Nada tengo que desear. Berta me quiere como una madre, fue mi aliada en mis pretensiones, y Santelmo me estima bastante.

Berta llegó en ese momento, su frente estaba radiante de contento, traía un papel en la mano y dirigiéndose a Arturo, le dijo:

—Sabía que estabas aquí y he venido para traerte esto que consiguió Santelmo.

Arturo tomó el papel y al verlo, dijo lleno de alegría:

—Las dispensas de las amonestaciones. Entonces madre mía, será el matrimonio dentro de ocho días.

—Cuando quieras, hijo mío, yo sé que contigo mi hija será feliz, el instinto materno no se engaña jamás.

En efecto, ocho días después Alicia fue la esposa de Arturo. Santelmo y Berta fueron más felices en la ancianidad que en la juventud, encantados con las gracias de sus nietos y el buen proceder de sus yernos.

Rita y Pedro eran lo mismo que antes, queridos en extremo y vivieron hasta el fin de sus días con aquella familia.

Fin

Índice

En el albúm de Zulima
Prólogo a *Un crimen misterioso* (1889) 7

Prólogo 13

Capítulo I
Berta de Santelmo 15

Capítulo II
La cartera 21

Capítulo III
El arrepentimiento 29

Capítulo IV
Cuatro años después 33

Capítulo V
Alicia y Teonila 37

Capítulo VI
Rita y su hijo 43

Capítulo VII
Rita habla 51

Capítulo VIII
Historia de Delia Soler 59

Capítulo IX
Condiciones 93

Capítulo X
La expiación 99

Epílogo 113

Fundación Editorial
el perro y la rana

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Venezuela
AHORA ES DE TODOS

Se terminó de imprimir en *julio de 2007*
en la Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura
Caracas, Venezuela.
La edición consta de 3.000 ejemplares
impresos en papel Mando Creamy , 60 gr.